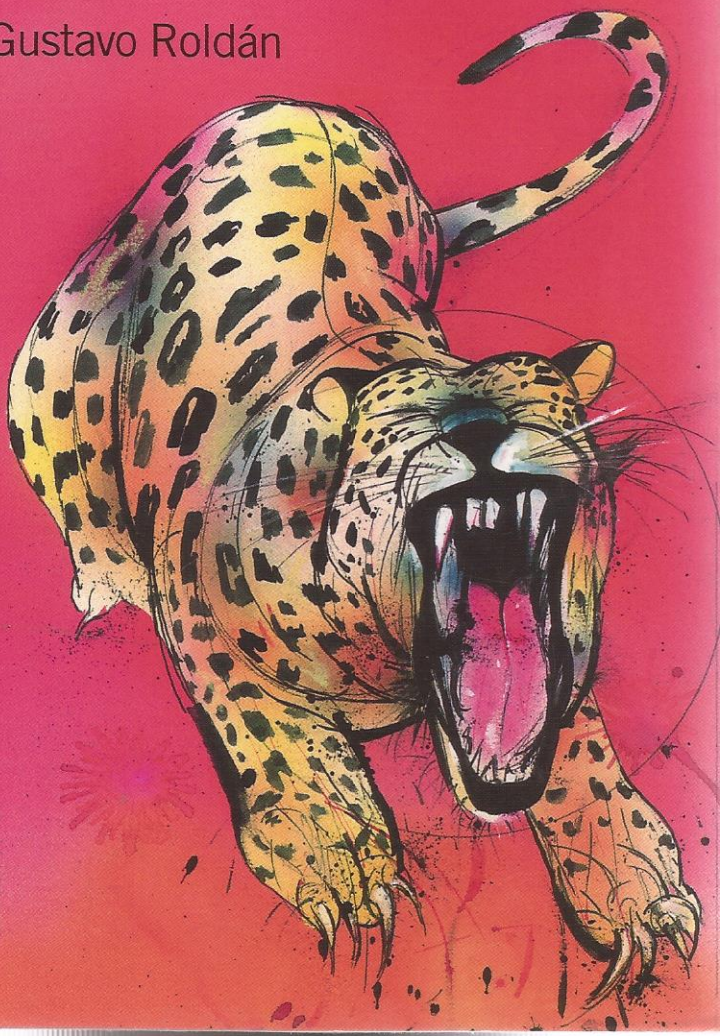
ALFAGUARA JUVENIL

Cuentos que cuentan los indios

Gustavo Roldán



82

Inventario: 7612

DIRECCIÓN GRAL. DE CULTURA Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA PEDAGÓGICA
JULIO CORTÁZAR
GRAL. MARCOS PAZ
PCIA. DE BS. AS.

C

1999, Gustavo Roldán

De esta edición

ALFAGUARA

1999, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP) Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-0441-5

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina
Impreso en México. *Printed in Mexico*
Primera edición: septiembre de 1999
Quinta reimpresión: octubre de 2004
Segunda edición: junio de 2006
Quinta reimpresión: enero de 2010

Edición: María Fernanda Maquieira
Diseño de la colección: Manuel Estrada

Una editorial del Grupo **Santillana** que edita en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia
Costa Rica • Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU.
Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay
Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana
Uruguay • Venezuela

Roldán, Gustavo
Cuentos que cuentan los indios - 2a ed. 5a reimp. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2010.
136 p. ; 20x12 cm. (Serie azul)

ISBN 978-987-04-0441-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Cuentos que cuentan los indios

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Luis Scafati

ALFAGUARA

Cuentos y leyendas de los indios

Tobas, matacos, guaraníes –entre otros indios que habitan el Gran Chaco–, siguen relatando sus cuentos, mitos y leyendas. Los cuentan entremezclados con tradiciones populares de herencia europea, sin que nadie sepa con claridad cuáles son los propios y cuáles los ajenos, tal vez porque después de quinientos años de convivencia nada puede ser ajeno. Hoy siguen transmitiéndose casi únicamente de manera oral, como se hizo desde los comienzos. Los cuentan en wichí, en toba, en guaraní, su forma natural de comunicarse. Como especial consideración lo hacen en castellano, quizás dejando en el camino más de una idea intraducible.

Escuchar sus narraciones es redescubrir una visión de la naturaleza de los tobas, matacos o guaraníes, esa relación con el árbol y el río, con el pájaro y el fuego, con el sol y con el pez. También es acercarse a una manera de comprender el mundo que vale la pena poner a circular dentro de nuestra cultura –como si nuestra cultura fuera otra– casi con urgencia.

Las versiones de estos cuentos fueron recogidas en diversas charlas, detrás de larguísimos prolegómenos, en varias zonas del Chaco, Formosa, Salta, Corrientes y Misiones. En algunos casos se pudo contar con referencias escritas que ayudaron a completar un panorama. Optar por alguna de las versiones de un mismo cuento fue una decisión tal vez arbitraria; traducirlas a la escritura pudo ser un atrevimiento.

Decir indios, metiéndolos en la misma bolsa, y entender que estamos hablando de todos los hombres que habitaron desde los comienzos este mal llamado "nuevo mundo", es uno de los errores que nuestra escuela no se ha encargado de corregir. Seguramente es más cómodo unificarlos por el color de la piel que pensar que fueron naciones diferentes, de distintos orígenes y tradiciones, con costumbres y pensamientos múltiples, a veces naciones enemigas que guerrearon durante siglos. Pero eso sería aceptarlos, y aceptar su existencia, su lengua, su pensamiento, sus creencias es entrar en complicaciones que el blanco decidió desde el momento de la conquista que no le convienen. Creo que, en general, se sigue pensando lo mismo.

Lo que cuentan los Tobas

Esa inmensa oscuridad

Durante muchos días toda la tierra quedó en la oscuridad.

Los días y las noches eran iguales. Y eso pasó hace mucho tiempo.

Pero los shamanes sabían que iba a ocurrir, y como sabían, juntaron muchas cosas para comer.

Porque ya sabían de los días de oscuridad que iban a venir.

Entonces decían:

—Guarden comida, y no se vayan lejos los hijos.

A todos les decían.

Y todos guardaron comida para protegerse en los días de la oscuridad.

De repente llegó la oscuridad. Se veía que bajaba una enorme nube negra. Esa era la oscuridad.

La gente guardó sus cosas y se metió en sus casas. De ahí nadie salió. Todos tenían miedo de salir y meterse en esa inmensa oscuridad.

La gente hablaba muy despacio.

No podían hablar fuerte.

Porque si hablaban fuerte venían los tigres a comerla a la gente.

Los tigres oían que hablaban y venían a comer a la gente.

Eran tigres de la tierra y también venían los tigres del cielo.

La gente no salía, porque sabían que el que saliera sería comido por los tigres.

Pero adentro de sus casas todos estaban protegidos, y cuando alguno quería comer lo tocaba al otro para que le diera algo.

Así pasaron muchos días. Muchos días. Nadie se acuerda bien de cuántos, pero muchos, duró esa gran oscuridad.

Después fue mermando la oscuridad. Muy despacio lo fue haciendo. Entonces vieron que algunas mujeres y algunas criaturas habían sido comidas por los tigres.

También pasaron otras cosas: alguno se convirtió en un oso hormiguero, otro en algo raro, que a veces es hombre y a veces es víbora.

Todo eso es cosa triste. Pero así fue.

El tigre del cielo y el tigre del monte

Hay jaguares en el cielo y hay jaguares en el monte. Los jaguares del cielo andan entre las nubes.

A veces se ven esas nubes que parece que van a largar agua pero pasan de largo.

No se llevan bien los jaguares del cielo con los jaguares del monte.

Cuando se levanta tormenta, el tigre de acá abajo se enoja con el tigre de arriba.

El trabajo del tigre de arriba es levantar viento frío. Por eso no se llevan bien los dos tigres.

El tigre de arriba levanta el viento frío.

El tigre de abajo se enoja y levanta viento con tierra.

El jaguar del aire tiene poder sobre el viento sur, el viento frío. Cuando cae la helada es por el poder del tigre del aire.

El tigre de la tierra es dueño del viento norte.

Pero a veces tienen que llegar a un acuerdo.

Por eso el puma conversa con los dos. Habla con el tigre del cielo y con el tigre del monte.

Y el puma les dice quién tiene que rendirse.

Puede ser hora de que se vaya el verano y empiece a entrar el frío.

Sólo el puma puede decirles lo que tienen que hacer.

Nadie más, porque el tigre del monte es malísimo, y sólo una cosa le saca el enojo. El frío.

Con el calor el jaguar arde por dentro, como con un fuego adentro, pero con el frío ya no.

Poco camina porque hace frío.

Poco puede cazar por el frío.

Se vuelve tranquilo con el frío.

El tigre del frío tiene más poder que el tigre del calor.

El trabajo del tigre de la tierra es hacer que se levante vapor. El vapor se levanta para pedir agua.

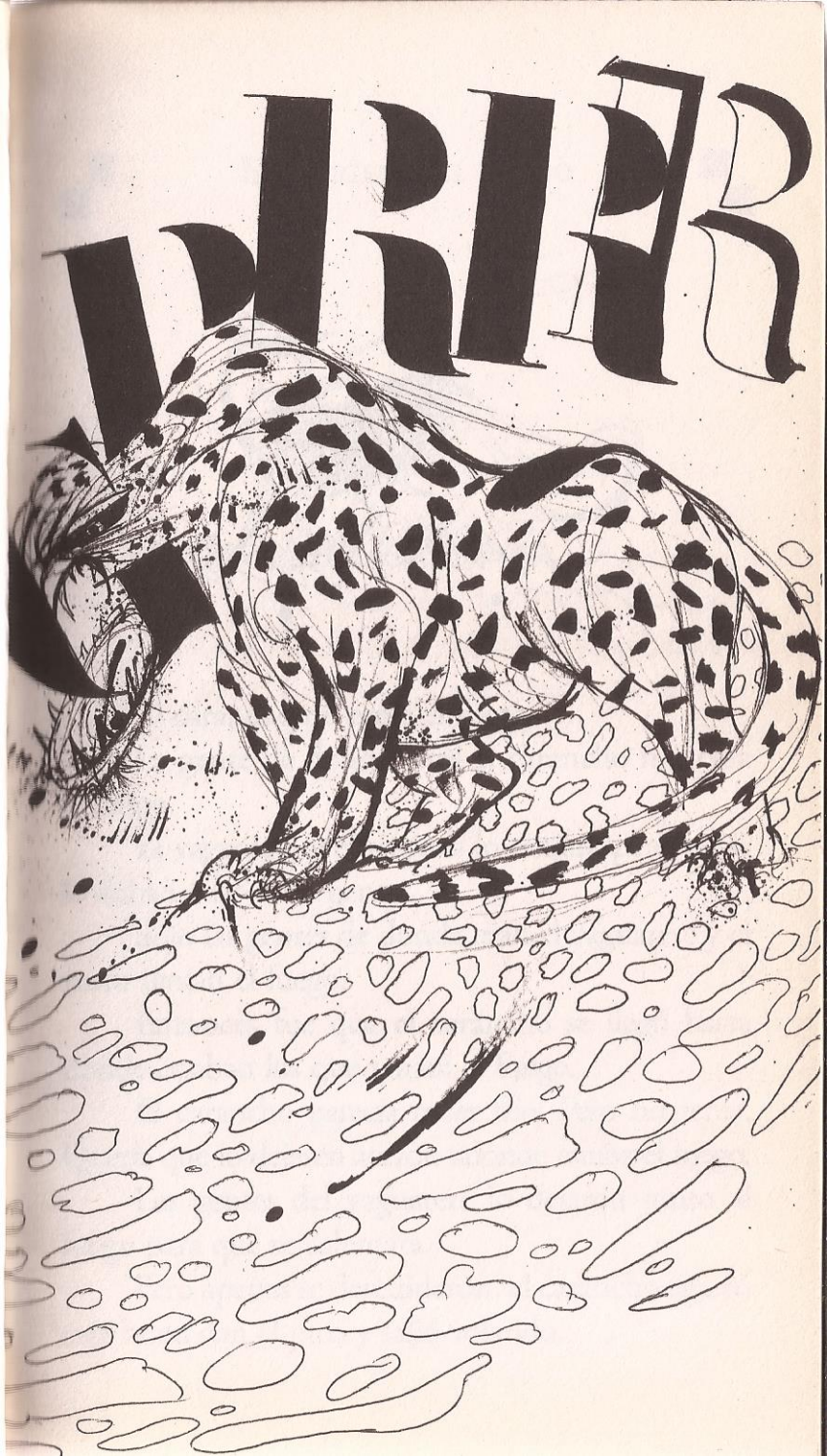
El trabajo del tigre de la tierra es hacer que suba el vapor para que lo vea el tigre del aire y haga llover.

Y para que llueva más hay que levantar más vapor. Cuanto más vapor levanta, más agua pide.

Entonces el dueño del frío manda el agua.

Porque el tigre del aire tiene poder sobre el frío, tiene poder sobre el viento sur y sobre la helada y puede hacer que llueva.

Pero siempre es un trabajo del puma hacer que se entiendan el jaguar del cielo y el jaguar del monte.



El origen del fuego

El carancho no tenía el fuego.

La gente de donde vivía el carancho no tenía el fuego.

El yaguareté y el zorro sí lo tenían, pero no se lo daban a las otras gentes.

Sólo las gentes de donde eran el yaguareté y el zorro tenían el fuego.

Entonces fue que el carancho se llegó hasta donde estaban los que tenían el fuego.

El carancho parecía tener frío. Pero no tenía. Quería que lo dejasen acercar adonde estaba el fuego.

Las gentes del yaguareté lo dejaron junto al fuego para que se calentara.

Pero apenas se descuidaron, el carancho agarró una brasa con el pico y salió volando.

Los otros lo corrieron, todos lo corrieron, pero no lo pudieron alcanzar.

El carancho volaba, y de rato en rato se paraba en una rama y sacudía la brasa golpeándola contra los troncos para que no se apagase.

Así fue que muchos árboles se prendieron fuego, hasta que el carancho llegó adonde estaba su gente.

Entonces su gente tuvo el fuego.

Pero como además había encendido muchos árboles, otras gentes también tuvieron el fuego.

El gran fuego

Hubo un tiempo en que la tierra se quemó.

Entera se quemó la tierra.

El carancho sabía que la tierra se estaba quemando, pero no sabía cuándo iba a llegar ese fuego hasta donde estaba su gente.

Por eso estaba atento y vio llegar las señales.

Primero fueron las avispas. Muchísimos enjambres pasaron volando.

Después aparecieron los animales feroces. Los tigres pasaban corriendo, sin parar.

Algunos animales cantaban canciones de lamento.

Pasó el jabalí.

Pasó el aguará guazú.

También pasó un ciervo cantando su canción de lamento.

Todas las canciones decían que huían sin saber hacia dónde.

Todas las canciones decían que huían sin saber qué hacer.

Todas eran canciones de lamento.

Cada animal decía algo al pasar. Y parecía que no había escapatoria para el fuego.

Pero un pájaro dijo:

—Hagan un pozo porque viene el fuego.

Entonces los hombres hicieron un pozo muy hondo, muy grande. Juntaron algarrobas, muchas algarrobas, y entraron y taparon la boca del pozo. Todos llevaron barro fresco para cerrar la boca del pozo.

Muchos hombres y mujeres entraron.

Y llegó el gran fuego.

Pasó y quemó la tierra y todo lo que estaba arriba fue destruido.

Se quemaron los pastos y los montes y los hombres y los animales.

Sólo los que estaban en el pozo se salvaron.

Después que pasó el fuego empezó la lluvia. Y el fuego se fue apagando.

Cuando ya no había ruido de llamas y no se

sentía el olor del humo ni el calor del fuego, los hombres quisieron salir.

—Salgamos —dijo un hombre—, pero no hay que levantar los ojos enseguida, porque si miran para adelante se van a convertir en animales.

Muchos no quisieron escuchar. Y salieron. Salieron apurados porque llevaban demasiados días de encierro. Miraron para todos lados y sólo vieron cenizas. Y las cenizas estaban aplastadas por la lluvia.

El primero que levantó los ojos se convirtió en chancho del monte.

Y otro en ciervo. Otro se hizo ñandú, otro oso hormiguero, otro pájaro.

Los hombres y las mujeres que salieron y miraron sin esperar se fueron haciendo animales. Fueron garzas y carpinchos y tapires y yacarés.

Los que no se apuraron, cuando salieron del pozo, se quedaron como personas.

Desde entonces quedaron para siempre, así como son ahora, los animales y las personas que se salvaron del gran fuego.

El Arco Iris

El Arco Iris es una víbora. Una víbora del agua.

Una vez hubo una gran sequía y todo estaba sin agua.

En la laguna, que también estaba seca, estaba la Serpiente Arco Iris.

Ahí estaba, en esa laguna que ahora no tenía agua.

Entonces pasó un hombre.

La Serpiente lo vio y lo llamó.

—Necesito un favor —le dijo—. Yo tengo que estar en el agua, tenés que llevarme hasta el Bermejo.

—No voy a poder —dijo el hombre—. Sos muy grande y muy pesada para que pueda llevarte.

—Sí, vas a poder —dijo la Serpiente.

—No. Sos demasiado pesada. No tengo tanta fuerza como para alzarte.

—Vos alzáme nomás, que yo me voy a volver liviana.

—Bueno —dijo el hombre—, pero hagamos un trato.

—¿Qué querés?

—Te llevo hasta el río si vos me das pescados.

—Sí —dijo la Serpiente—. Yo te voy a dar pescados.

La Serpiente dijo sí porque tenía poderes. Tenía muchos poderes la Serpiente. Y nunca faltaba a lo que prometía.

La Serpiente se hizo liviana, tan liviana que el hombre pudo alzarla.

Y la llevó hasta el Bermejo.

Ahí la dejó.

Desde entonces, cada vez que el hombre quería pescados, no tenía más que ir hasta el río y la Serpiente se los daba.

Al hombre nunca le faltó pescado para comer.

Las estrellas blancas

En el cielo están las estrellas que dibujan un mortero.

Ese es el mortero en el que una vieja muele la algarroba.

Muele y muele la harina de algarroba.

Esa vieja muele las algarrobas que saca de los algarrobos del cielo.

Porque hay algarrobos de la tierra y algarrobos del cielo. De las dos clases hay.

La vieja hace harina en el mortero del cielo.

Y la harina de la vieja se desparrama, y esa harina blanca hace que todas las estrellas sean blancas.

Por eso las estrellas son blancas. Por esa vieja que está en el cielo moliendo algarrobas.

La Serpiente Arco Iris y las mujeres

Dicen que la Serpiente Arco Iris vive dentro de esos grandes hormigueros que hay en el monte.

El arco iris se ve cuando la Serpiente quiere ir de un hormiguero a otro.

Entonces viene la tormenta.

Cuando viene la tormenta la Serpiente sale de un hormiguero y se mete en otro.

El arco iris que se ve es la Serpiente yendo de un hormiguero a otro hormiguero.

Cuando las mujeres están en los días de perder sangre tienen que quedarse en los toldos. Si no se quedan en los toldos las sigue la Serpiente Arco Iris porque sabe que están con la regla.

Cuando la mujer está así, si no se queda en el toldo atrae a la Serpiente Arco Iris.

Esto fue cuando los hombres tenían forma de aves y tenían alas y tenían plumas.

Algunos vivían en lo alto de una montaña.

Pero cada mañana bajaban al río para pescar.

Todas las mañanas bajaban al río.

Un día el zorro los vio pescando y se acercó.

—Quiero pescar con ustedes —les dijo.

—Cómo no, venga nomás —le contestaron.

Ahí estaban pescando todos juntos.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó el zorro.

—Venimos de la montaña, cerca del cielo. Ahora pescamos y después volvemos otra vez al cielo.

Entonces el zorro dijo:

—Yo también quiero ir con ustedes.

Y los hombres que tenían alas le dijeron:

—No vas a poder, porque no tenés alas como nosotros.

—Si ustedes me dan algunas plumas, yo sí voy a poder.

—Después veremos —dijeron los hombres

que tenían alas, y siguieron pescando.

Pero el zorro no dejaba de insistir.

—Tienen que darme una pluma cada uno. Yo me encargaré de ponérmelas y así podré volar.

Al final, cansados de escucharlo, cada uno se sacó una pluma y se la dio al zorro.

El zorro las recibió; con mucho trabajo y mucha paciencia se fabricó las alas y comenzó a probarlas.

Corrió y saltó. Corrió y saltó. Algunas veces tropezó y se cayó, pero siguió probando, hasta que al fin, después de mucho, pudo volar.

Volaba y volaba.

Primero dio una vuelta apenas por arriba de los hombres, pero después comenzó a subir más y más alto.

Cada vez más arriba.

Entonces bajó.

—Ahora puedo ir con ustedes a la montaña —dijo el zorro—. Yo tengo mis alas.

Esa tarde, cuando fue la hora de volver, los hombres se juntaron y batieron las alas para empezar a volar.

En medio de ellos estaba el zorro.

Y todos volaron.

Volaron los hombres con alas y también el zorro.

Cuando estaban muy alto, el jefe de los hombres pájaro se arrancó una pluma de las alas, siguiendo la vieja costumbre de los pájaros, y la tiró hacia la tierra, gritando:

—¡Ahí va una pluma de mis alas!

Ésa era una antigua costumbre.

Y entonces todos los demás hicieron lo mismo.

Se arrancaron algunas plumas y las dejaron caer.

Porque era una vieja costumbre de los pájaros.

El zorro, mirando lo que todos hacían, también se arrancó algunas plumas. Pero se arrancó las que lo hacían volar, y empezó a caer desde lo alto.

Desde lo alto cayó y se aplastó.

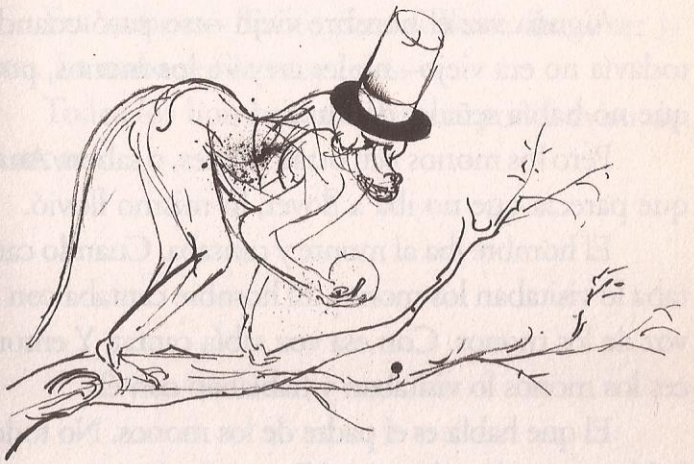
Después vino una gran tormenta y el viento sopló sobre el cuerpo del zorro.

Él dio un fuerte suspiro y dijo:

—Realmente dulce fue mi sueño.

Y revivió.

Los monos



Cuando gritan los monos anuncian el viento norte.

Eso lo sabía el hombre viejo que siempre conversaba con los monos. Y los monos, que también saben cuándo va a llover, le contaban al hombre.

Entonces el hombre viejo se ponía contento porque iba a llover, porque estaba haciendo falta agua en el monte. Y le contaba a los otros hombres.

Porque el viejo conversaba con los monos, pero los monos no hablaban con los otros hombres de la tribu.

A veces era un día limpio, con sol, sin ninguna nube en el cielo, pero si un monito le decía que iba a llover, que no saliera a mariscar porque iba a

llover, eso era cierto. El hombre viejo les contaba a los otros y ninguno salía a mariscar.

Alguna vez el hombre viejo –eso pasó cuando todavía no era viejo– no les creyó a los monos, porque no había señales de lluvia.

Pero los monos ven otras señales, o saben. Aunque parecía que no iba a llover, lo mismo llovió.

El hombre iba al monte y cantaba. Cuando cantaba lo visitaban los monos. El hombre cantaba con la voz de los monos. Con esa voz sabía cantar. Y entonces los monos lo visitaban y hablaban con él.

El que habla es el padre de los monos. No todos hablan con el hombre viejo. Pero todos los monos son amigos de los tobas que viven en las tolderías.

Un día le contaron que iba a venir la peste. Iba a venir como una nube, pareciendo una nube, pero iba a ser la peste.

El hombre estaba preocupado. La peste es como una nube que viene desde lejos. Tal vez desde la montaña.

Llega y se desparrama y esa nube trae el fuego de la peste. A esa nube no hay que dejarla llegar. No hay que dejarla que llueva.

El día que los monos contaron que venía la peste, el hombre viejo quedó preocupado.

Entonces empezó a cantar. Cuando vio que llegaba la nube empezó a cantar esa canción de alejar las

nubes. El hombre cantó y cantó, y la nube pasó de largo y se fue alejando.

Esa nube no llovió, pero si llovía iba a ser la peste. La nube se fue muy lejos.

Todos los hombres se salvaron por el aviso de los monos.

Resulta que era una pareja de brujos. Algunos dicen que era una pareja de diablos. A los dos, pero especialmente a la mujer, que era la más bruja, les gustaba comer carne de gente.

Siempre que podían comían carne de gente.

Lo que más les gustaba era comer carne de gente.

Y tenían una hija que también algo sabía de brujerías, pero no era como los padres. Era buena la hija.

Un día se encontró con un muchacho en el monte.

El muchacho andaba solo y perdido, porque él vivía del otro lado del río grande, y entonces conversaron y se gustaron. Los dos se gustaron.

Y la chica lo llevó a su casa y le contó a sus padres que se casaba con ese muchacho, que quería que fuera su marido.

—Bueno —le dijeron—. Que sea nomás tu marido.

Y esa noche hicieron una fiesta con una comida grande y mucha bebida. Pero la bruja lo miraba de una manera muy especial al muchacho.

Entonces a la chica le entró un miedo, porque se dio cuenta de que le iban a querer matar el marido.

Se dio cuenta de que apenas se durmieran iban a aprovechar para matarlo. Lo iban a matar para comérselo.

Entonces le contó al muchacho quiénes eran sus padres y lo que pensaban hacer. Y que lo iban a hacer apenas los dos se durmieran.

—Tenemos que escaparnos ya mismo —dijo el muchacho.

—Es que se van a dar cuenta y nos van a perseguir.

—¿Qué podemos hacer? Si son brujos van a tener más fuerza que yo. ¿Cómo podemos ganar tiempo?

—Ya sé —dijo la chica—. No van a hacer nada mientras nos oigan conversar, porque eso quiere decir que estamos despiertos.

—Pero si nos vamos no nos van a oír conversar.

Entonces la chica le sacó un piojo a su marido, de la cabeza, y ella se sacó otro.

—¿Para qué hacés eso? —preguntó el muchacho.

—Ustedes conversen y hagan ruido en la cama —les dijo la chica a los piojos.

Los piojos se pusieron a conversar como si fueran la chica y el muchacho, mientras ellos se escapaban y ganaban tiempo.

Así se escaparon.

La bruja y su marido seguían esperando que se durmieran. Hasta que al final la bruja dijo:

—Tardan demasiado en dormirse. Mejor yo voy a ver.

Entonces descubrió que la cama estaba vacía, y que había solamente dos piojitos que metían bulla.

—Se escaparon —le dijo al marido—. Tenés que correr y alcanzarlos porque no se tienen que ir. Perseguílos con el chancho.

Ellos tenían un chancho que era muy ligero. Nadie le ganaba a correr, porque era un chancho que tenía todo el poder de la brujería.

El hombre fue y montó en el chancho y se largó a perseguirlos.

La chica y el muchacho seguían corriendo, pero de pronto la chica se paró. Y le dijo al muchacho que su padre ya los estaba persiguiendo, que pronto los iba a alcanzar.

—Pero yo lo voy a engañar —dijo la chica, que también tenía sus poderes.

Hizo un gesto de magia y él quedó convertido en un árbol y ella en un pájaro verde que se posó en una rama de ese árbol.

Ahí nomás llegó el hombre montado en el chancho. Miró para todos lados pero no había nadie. Entonces pegó la vuelta.

Cuando llegó a la casa de la bruja le dijo:

—Creo que se escaparon nomás. Lo único que vi fue un árbol y un pájaro.

—¿De qué color era el pájaro?

—Verde. Era un pájaro verde.

—Si serás tonto —dijo la bruja—. ¿No ves que eran ellos? Él era el árbol y ella el pájaro verde. Apuráte y volvé a buscarlos, que se nos escapan.

El hombre volvió a montar en el chancho y empezó otra vez a perseguirlos.

La pareja ya se había alejado bastante, hasta que la chica se paró de nuevo.

—Me parece que ya estoy oyendo que se acerca. Vamos a engañarlo de nuevo.

Entonces hizo otra magia y lo convirtió al

muchacho en un caballo muerto y ella se convirtió en un halcón.

El brujo llegó y miró para todos lados, pero como lo único que vio fue un caballo muerto y un halcón, se dio vuelta y se volvió.

En cuanto llegó a la casa, la bruja le preguntó si los había alcanzado.

—Creo que se escaparon —dijo el hombre—. Lo único que vi fue un caballo muerto y un halcón.

—¿De qué color era el caballo?

—Colorado. Era un caballo colorado.

—Si serás tonto —dijo la bruja—. ¿No te das cuenta de que él era el caballo muerto y ella el halcón?

Corré de nuevo antes de que puedan cruzar el río.

El hombre volvió a montar en el chancho y corrió a perseguirlos de nuevo.

El muchacho y la chica seguían huyendo. Estaban cada vez más lejos. Pero de repente ella supo que otra vez los estaban persiguiendo y que ya los iban a alcanzar.

—Quedáte quieto —le dijo al muchacho, lo vamos a engañar de nuevo.

Y lo transformó en un riacho y ella se hizo un tordo que estaba tomando agua. Entonces llegó el hombre montado en el chancho.

Miró para todos lados, y como no los vio, pegó la vuelta.

Llegó a la casa de la bruja y le contó que no los había encontrado. La bruja le comenzó a preguntar por todo lo que había visto, y él le dijo que lo único que había era un riacho y un tordo tomando agua.

—¿De qué color era el tordo?

—Negro. Era un tordo negro con el pico blanco.

—Si serás tonto. ¿No ves que el arroyo era el muchacho y el tordo tomando agua era la chica? Sos demasiado tonto y siempre te van a engañar. Dame el chancho, que esta vez los voy a perseguir yo.

La bruja montó en el chancho y se largó a perseguirlos.

El muchacho y la chica ya estaban cerca del

río grande. Si podían llegar y cruzar al otro lado estarían a salvo.

Se iban a salvar porque hasta ahí nomás llegaban los poderes de la bruja.

Entonces la chica sintió que ahora era la bruja la que había montado en el chancho y que los venía persiguiendo. Eso era más peligroso, porque a la bruja no la iban a engañar tan fácil.

Sintió que ya casi los estaba alcanzando.

Nada podía ser más ligero que el chancho que ahora montaba la bruja.

Pero en ese momento ellos llegaron a la orilla del río grande, y cuando ya oían el galope del chancho los dos se convirtieron en mojarritas.

Ahí nomás llegó la bruja y miró el agua. Cuando vio las dos mojarritas supo que eran la chica y el muchacho que se habían transformado.

Entonces la bruja se bajó del chancho.

Se bajó del chancho y se metió al agua.

Hasta las rodillas se metió.

Y comenzó a los manotazos tratando de atrapar a las mojarritas.

Metía las manos y las sacaba rapidísimo. Algunas veces conseguía tocarlas, pero las mojarritas se le escapaban por entre los dedos.

Después se metió hasta la cintura, pero más no se podía meter.

En eso de un manotón agarró a una de las

muchos soldados. Pero siempre ganaba Metzgoshé.

Entonces llegaron los barcos.

Por el río Bermejo llegaron.

Lo peor fue cuando llegaron los barcos. Desde lejos llegaron, dicen que desde un lugar que se llama Buenos Aires, que queda muy lejos. Llegaron llenos de soldados, llenos de armas, llenos de cañones. Armas grandes tenían, muchas y poderosas. Los tobas también tenían sus armas, arcos y flechas y lanzas, pero no alcanzaban para pelear con el fusil y el cañón. Y llegaron muchos hombres. Bajaban de los barcos y bajaban y bajaban, se veía que eran muchos hombres armados. Muy armados.

Entonces fue que hablaron los jefes.

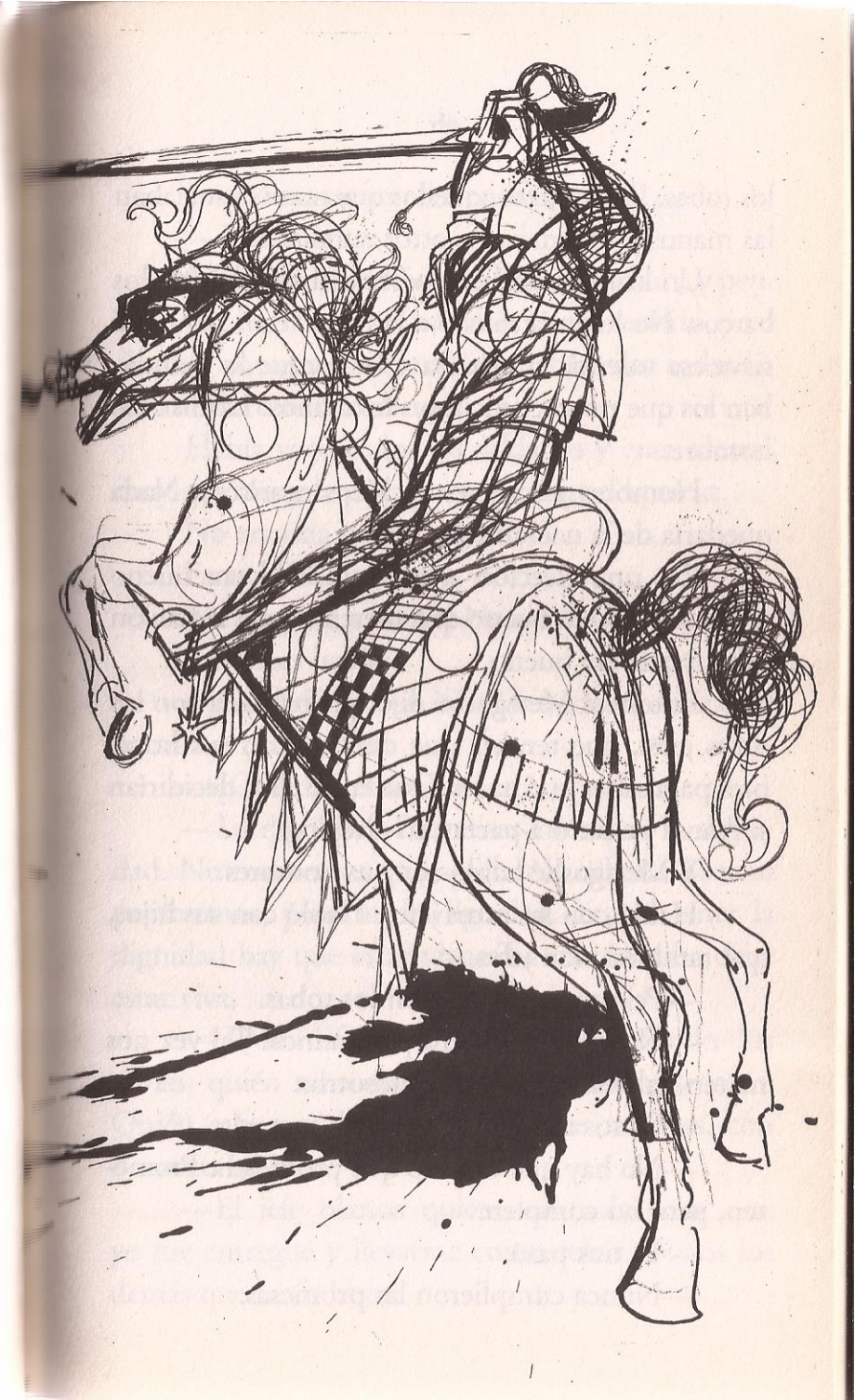
Hablaron Metzgoshé –el jefe toba–, y el jefe blanco.

Y el hombre que había bajado de los barcos propuso que se rindieran los tobas. Que se rindieran o morirían todos.

El hombre blanco hablaba claro y fuerte. No había dudas en las palabras del hombre blanco. Obedecía órdenes y las iba a cumplir, y las órdenes venían muy de arriba, de donde los caciques del hombre blanco mandaban a matar y se lavaban las manos.

Y el hombre de los barcos obedecía. Era claro y fuerte y torpe. Sólo sabía obedecer y no sabía pensar.

Pobre jefe ése al que mandaban a que matase a



los tobas. Pobres jefes aquellos que no se ensuciaban las manos y mandaban a otros a matar.

Un hombre valiente parecía el hombre de los barcos. No le tenía miedo a la pelea. Pero para qué sirve esa valentía si peleaba sólo porque lo mandaban los que no se ensuciaban las manos. Lástima de hombre.

Hombres y mujeres y chicos morirían. Nada quedaría de la nación toba.

Era una elección muy dura. No era bueno rendirse y no era bueno que maten a toda la nación toba. Nada era bueno.

Entonces Metzgoshé dijo que hablaría con los otros jefes, que tendría que discutir con sus hombres para saber qué hacer. Que entre ellos decidirían si iban a pelear o a pactar un arreglo.

Y Metzgoshé habló con sus hombres.

Habló con los otros jefes. Habló con sus hijos, que también eran jefes.

—Pelearemos —dijeron los tobas.

—No será fácil, pero pelearemos. Tal vez nos maten, tal vez los matemos nosotros.

—Si nos rendimos igual nos matarán.

—No hay que creer lo que prometen. Prometen, pero no cumplen.

—Ya nos pasó.

—Nunca cumplieron las promesas.

—¿Cómo viviremos rendidos?

—Pelearemos.

Metzgoshé los dejaba hablar. Escuchaba y pensaba. Sus hombres decían palabras con sentido, pero él sabía que esta vez era inútil, había visto todas las armas que traían los barcos.

Había visto todos los soldados y eran fuerzas muy grandes y la pelea iba a ser muy despareja.

No era una buena pelea.

Escuchaba y pensaba.

No era fácil rendirse. No era fácil.

Entonces habló:

—Rendirnos no —dijo Metzgoshé—, yo digo pactar.

—¿Qué diferencia hay?

—La dignidad. Podremos conservar la dignidad. No tendremos que agachar la cabeza. Mucho perderemos, pero no la dignidad. Y para tener la dignidad hay que estar vivos. La nación toba debe estar viva.

—¿Qué diferencia hay? Nos quitarán las armas, quién sabe qué más nos quitarán después. Quién sabe qué harán con nuestras mujeres, con nuestros hijos.

—El jefe blanco quiere una sola cosa: que yo me entregue y llevarme como rehén. Todos los demás quedarán libres.

—Es mucho pedir quitarnos el jefe.

—¿Cuál es la dignidad si entregamos a nuestro jefe?

—Te matarán y después volverán a buscarnos.

—No, el trato es claro. Si me entrego los barcos se irán y nos dejarán en paz. Yo estaré prisionero en un lugar que se llama Buenos Aires y algo podré hacer. Y la dignidad es otra cosa, la podemos seguir teniendo dentro de cada uno. Para seguir peleando por nuestra tierra, por este río que es nuestro, por los animales que son nuestros, por los pájaros que nosotros conocemos por su canto.

—Te matarán. ¿Cómo sabremos si estás vivo o muerto? ¿Cómo sabremos lo que tenemos que hacer? ¿Cómo sabremos si nos traicionaron?

—Muy lejos estaremos. Y sin un jefe.

—Jefe tendrán. Cuando uno se va otro ocupa su lugar. Y aquí habrá otro que sabrá qué hacer. A mí tal vez me maten, pero tal vez no. Pero siempre habrá otro jefe. La cuestión es resistir, y para resistir hay que estar vivos.

—¿Cómo sabremos si estás vivo o muerto?

—Ustedes sabrán —dijo Metzgoshé—. Yo me encargaré de que lo sepan, porque estaré al lado de ustedes. Y lo sabrán así: si ven pasar una garza blanca, quiere decir que estoy vivo, que sigo prisionero pero estoy vivo, esperando volver alguna vez. Pero

si un día –miren siempre el techo de este rancho–, si un día ven que allí se posa una paloma blanca, eso quiere decir que me mataron y que nunca podré volver. Pero mientras no llegue...

Metzgoshé, el gran jefe toba, se entregó. Los soldados blancos lo envolvieron en un cuero de buey y lo ataron con una cadena a un barco y lo arrastraron por el río.

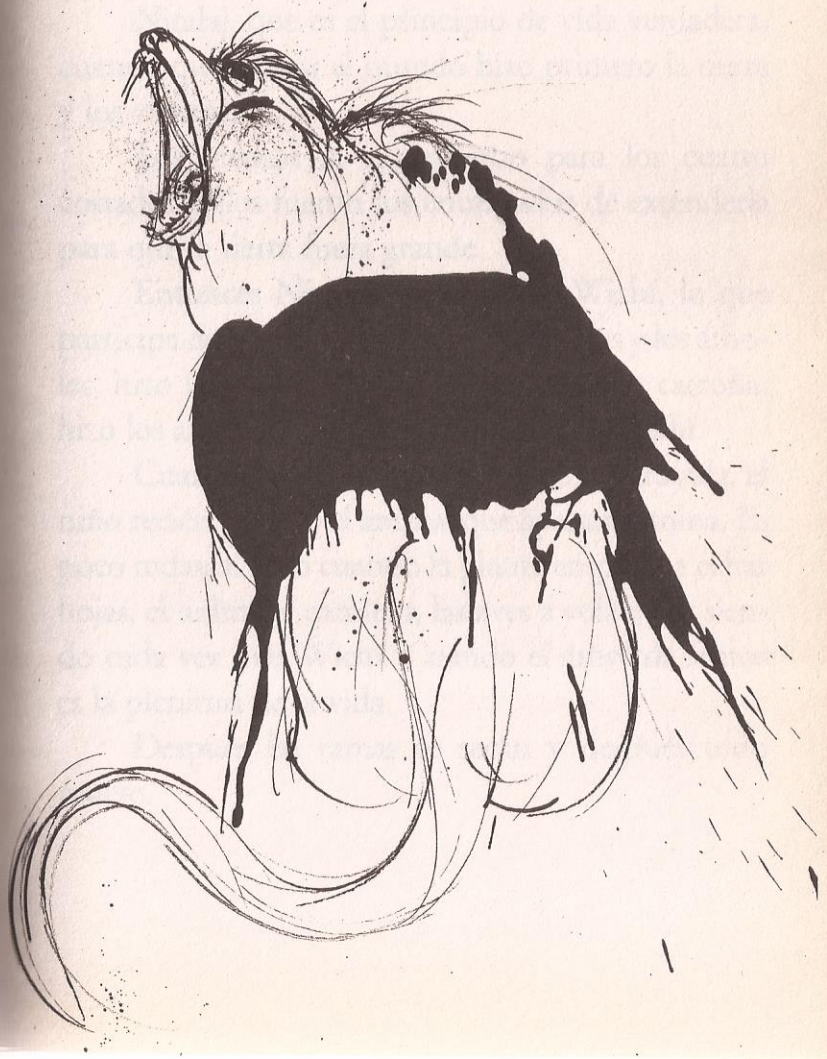
Así lo llevaron, arrastrando, envuelto en un cuero de buey. Arrastrando por el río Bermejo.

Muchos soles y muchas lunas pasaron desde entonces.

Las garzas pasaron muchas veces.

Todavía no llegó la paloma blanca.

Lo que cuentan los Matacos



El origen del mundo

Nitalaj, que es el principio de vida verdadera, cuando quiso crear el mundo hizo primero la tierra y los vientos.

Los vientos la extendieron para los cuatro costados. Ellos fueron los encargados de extenderla para que la tierra fuera grande.

Entonces Nitalaj hizo todo lo Wichí, lo que participa de la vida plena. Hizo las plantas y los árboles, hizo los peces, las aves que no comen carroña, hizo los animales y a los seres humanos Wichí.

Cuando lo Wichí nace es la semilla brotada, el niño recién nacido, el animal que apenas camina. Es poco todavía. Pero cuando la planta empieza a echar hojas, el animal a caminar, las aves a volar, van siendo cada vez más Wichí. Cuando el árbol da frutos es la plenitud de la vida.

Después las ramas se secan y después todo muere.

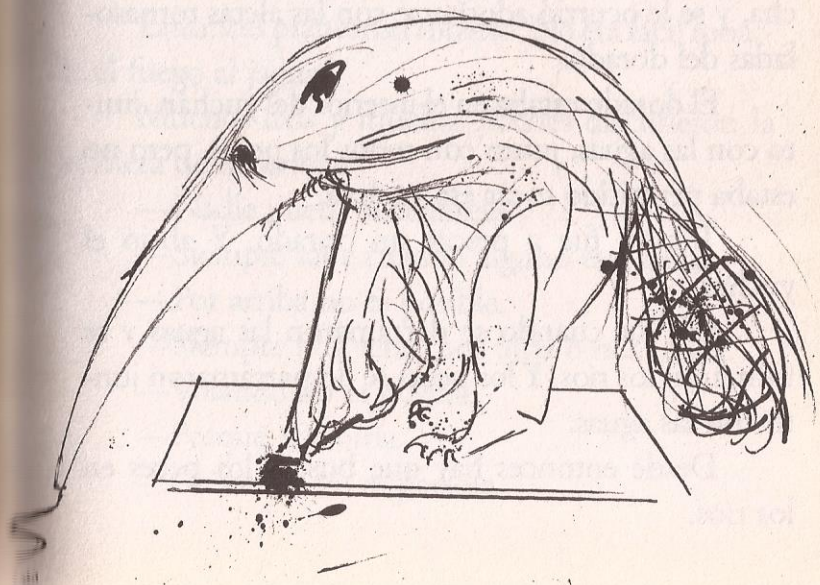
Aventura de Tokwaj

Tokwaj es como un pícaro, pero es el que hizo funcionar el mundo como funciona. A veces bien, a veces mal.

Así las cosas funcionan. Muchas de las cosas del mundo las hizo Tokwaj.

Tenía poderes.

Podía ser un pájaro o un oso hormiguero. Todo depende de las ganas que tenía.



Podía ser un tigre y podía estar muerto y después estar vivo de nuevo.

Grandes poderes tenía.

Por eso les enseñó las cosas a los hombres.

Y los hombres aprendieron cosas buenas y malas.

En esa época en que los hombres hablaban con los animales, y muchas veces eran hombres y animales, las aguas y los peces estaban encerrados.

Estaban encerrados adentro del yuchán.

Los ríos y los peces estaban encerrados adentro del yuchán.

A Tokwaj le gustaban las mujeres. Mucho le gustaban las mujeres.

Un día quiso llamar la atención de una muchacha, y se le ocurrió adornarse con las aletas tornasoladas del dorado.

El dorado estaba en el interior del yuchán, junto con las aguas, junto con todos los peces, pero no estaba permitido tocar ese yuchán.

Tokwaj fue a pescar un dorado. Y abrió el yuchán.

Allí fue cuando se derramaron las aguas y se formaron los ríos. Y los peces se desparramaron junto con las aguas.

Desde entonces hay que buscar los peces en los ríos.

El jaguar era el único dueño del fuego.

El único dueño y el más mezquino. A nadie le daba el fuego y sólo él podía usarlo.

Muchas veces se lo pidieron los otros animales. De todas formas se lo pidieron. Pero sólo contestaba con tremendos rugidos y mostraba esos colmillos que hacían temblar a todos.

A nada le tenían más miedo que a los colmillos del jaguar.

Pero necesitaban el fuego.

Entonces planearon robarlo. No era fácil robarle el fuego al jaguar.

Muchos días y muchas noches discutieron la manera de hacerlo:

—Nadie puede acercársele.

—Siempre sabe cuando alguno está cerca.

—Por arriba no es posible.

—Siempre nos vería, nos oiría o nos olería.

—Volando no es posible.

—Porque nos oiría.

—De noche no es posible.

—Porque nos olería.

—Sólo por debajo de la tierra se podría llegar.

—Sólo podría un bicho cavador.

—Yo soy un bicho cavador —dijo el tucutuco.

—Sos muy chiquito.

—Sí, pero me animo. Yo puedo llegar bajo tierra hasta los bigotes del jaguar. Ahí mismo le robo una brasa y vuelvo a meterme en la cueva antes de que pueda hacer nada. Dentro de la cueva ningún jaguar puede atacarme.

No dijeron nada más. A ninguno se le ocurría otra solución. Le dieron muchas palmadas, y el quirquincho lo ayudó a comenzar a cavar.

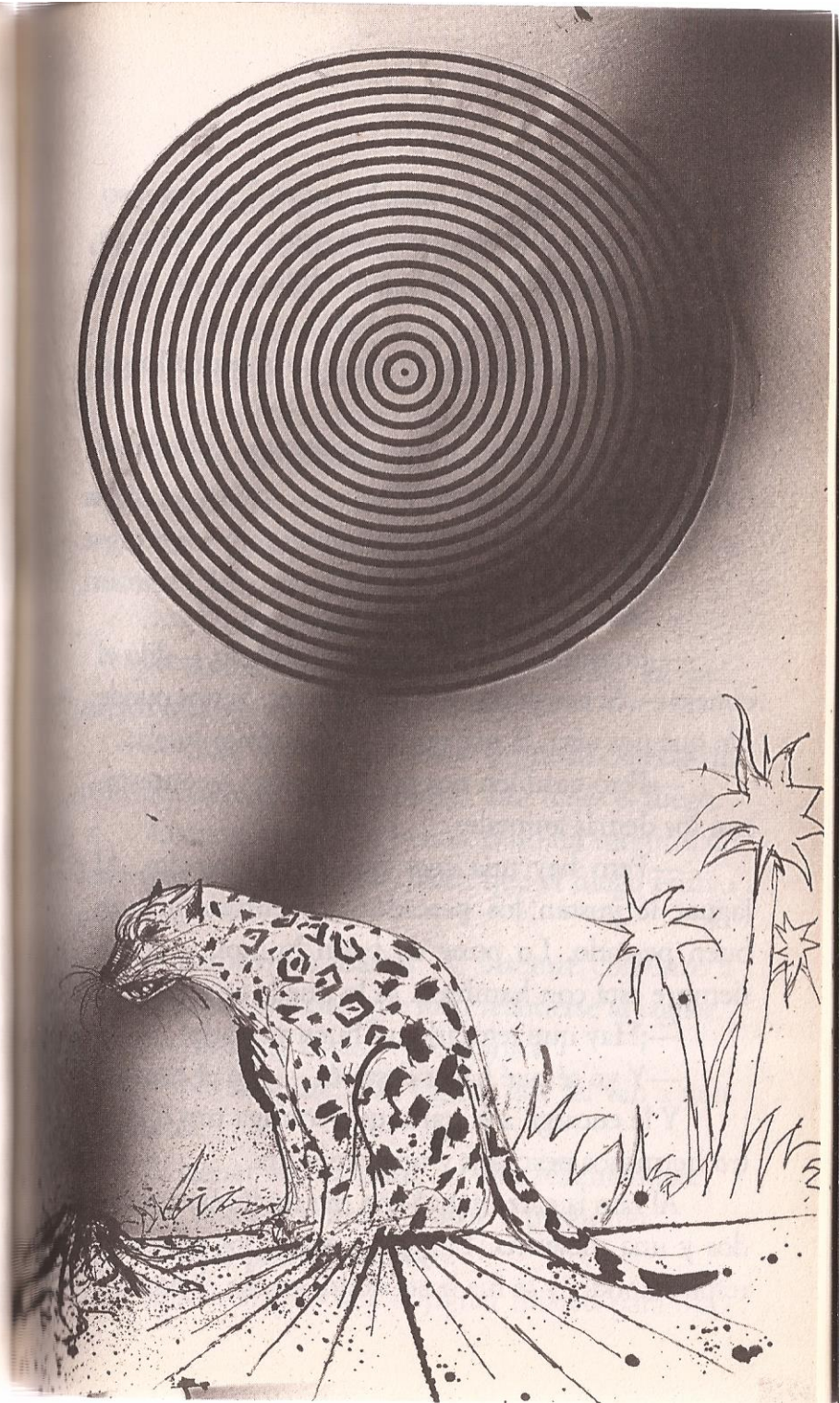
Después apenas si se oyó el ruidito "tucutuco" que iba haciendo, porque estaba contento de tener esa misión tan importante. O porque estaba asustado.

Cavó y cavó, y para darse ánimo decía una y otra vez:

"El jaguar no me puede ver.
El jaguar no me puede oler.
Y yo lo voy a joder."

Y se fue acercando a donde estaba el jaguar. Él sabía dónde estaba el jaguar porque había calculado muy bien la distancia antes de empezar a cavar.

Cavó y cavó, y cuando llegó al final, despacito, fue abriendo un boquete hacia arriba, y cuando sintió que aparecía un poco de luz por un agujerito y



entraba un poco de aire, hizo "tucutuco", su famoso ruidito, y sintió que una garra del jaguar aplastaba la tierra y lo golpeaba. Apenas pudo hundirse de nuevo en su cueva, y volvió para atrás.

Es que el jaguar podía oír el más pequeño de los ruidos.

—No hay caso, nunca podremos robarle el fuego —dijeron los animales.

—Siempre nos puede ver.

—Siempre nos puede oír.

—Siempre nos puede oler.

—Entonces el asunto va por otro lado —dijo el conejo—. Si nos puede ver, que nos vea. Si nos puede oír, que nos oiga. Si nos puede oler, que nos huela.

—Pero también nos puede comer —contestaron los demás animales.

—Pero hay una cosa que tal vez resulte. Al jaguar le gustan los pescados. Lo entusiasma un buen pescado. Lo pone de buen humor, y como siempre está con hambre... se lo puede engañar.

—¡Hay que regalarle un buen pescado!

—Y yo sé qué hacer después —dijo el conejo.

Y le encargó a la garza que consiga tres o cuatro hermosos pescados y una mojarrita.

Al rato la garza volvió con tres lindísimos pescados y una mojarrita. El conejo agarró los pescados, respiró hondo, y se fue hasta donde estaba el jaguar.

El jaguar primero lo oyó, después lo vio y después sintió el olor de conejo. Y se relamió. Pero sintió otro olor que le gustaba más todavía.

—Buenas tardes, don jaguar, no me ruja que aquí le traigo el regalo que más le gusta.

—Está bien, dejálo ahí y andate.

—No, don jaguar, porque entonces sería medio regalo, y yo le quiero hacer un regalo entero. Le conseguí estos espléndidos pescados para cocinárselos yo mismo. Claro que si usted los prefiere crudos...

—¿Y cómo los cocinás?

—Asados. Y le aseguro que nadie lo hace mejor que yo.

—Dale nomás, que todavía puedo esperar un minuto antes de tener hambre. Ahí tenés el fuego.

El conejo sopló las brasas, puso un montón de leña seca y sopló y sopló hasta que el fuego estuvo a punto.

Y comenzó a asarlos. Al instante comenzó a levantarse un olorcito que hizo relamerse al jaguar.

—¿Ya están listos? —preguntó.

—No se apure, don jaguar, que así van a salir más ricos.

El jaguar entrecerraba los ojos relamiéndose.

—¿Ya están listos? —volvió a preguntar.

—Falta poco, falta poco.

Aprovechando que el jaguar miraba para otro

lado, el conejo sacó la mojarrita y le puso la cola sobre una brasa. La brasita quedó pegada a la cola de la mojarrita y el conejo tapó la mojarrita con la pata.

—¿Ya están listos? —volvió a preguntar el jaguar.

—Ahí le doy el primero —dijo el conejo, y desde lejos le tiró un pescado.

El jaguar lo cazó en el aire y comenzó a morderlo, y apenas pegó el primer mordiscón el conejo agarró la mojarrita con la brasa pegada y salió corriendo a todo lo que daba.

—Qué le pasará a este conejo —se dijo el jaguar, y se quedó mirándolo correr, mientras tragaba entero el pescado.

Entonces vio que un humito brotaba del conejo. Era la brasa que le había chamuscado algunos pelos.

Pegó un tremendo rugido y se lanzó tras el conejo, dispuesto a no dejarlo escapar. Y el conejo corría y corría, pero los saltos del jaguar eran cada vez más grandes y se iba acercando sin remedio.

Entonces el conejo vio el montón de pastos secos, tiró la brasa encima y le dio un soplido antes de seguir corriendo. El jaguar vio que los pastos secos comenzaban a arder y dejó de correrlo al conejo. Era más importante apagar el fuego, pero el fuego se desparramaba cada vez más y ardían los pastos y comenzaron a arder los arbustos más grandes y se prendieron fuego muchos árboles. Cada vez más árboles. Ya no podía hacer nada.

El fuego se desparramó y todos los animales guardaron las brasas. Y tuvieron el fuego.

Después llovió y el fuego se fue apagando. Pero las brasas bien guardadas volvían a arder cada vez que hacía falta, cada vez que le ponían algunos pastos y ramitas secas y soplaban. Desde ese día todos fueron dueños del fuego. Gracias al conejo.

Historia del Guayacán

Los viejos cuentan que una vez una joven iba por el sendero en busca de agua cuando vio un árbol muy hermoso, un Guayacán. La muchacha se acercó, lo rozó con sus manos, acariciándolo, y sintió que estaba enamorada de ese árbol. Entonces lo abrazó y le clavó las uñas.

Todos los días, camino a la aguada, pasaba junto al Guayacán. Se paraba a mirarlo largo rato, después lo arañaba y le decía:

—¿Cómo me gustaría que fueras un hombre para que podamos casarnos!

Así pasaron muchos días. Muchos días fueron pasando. Y la muchacha sólo pensaba en su árbol. Ése era un secreto que no compartía con nadie.

Nadie conocía su secreto.

Una noche, cuando la muchacha ya estaba por dormir, se acostó a su lado un hombre hermoso.

—Vine para que nos casemos —le dijo.

—Yo no quiero casarme —dijo la muchacha, apartándose sorprendida.

—Vos dijiste. Dijiste que querías casarte conmigo, y para eso vine.

—Yo no te conozco, y nunca le dije nada a ningún hombre.

—Yo soy Guayacán, el árbol al que siempre le clavabas las uñas cuando ibas a buscar agua. ¿Acaso no decías "cómo quisiera que este árbol fuese un hombre para casarme con él"?

La muchacha quedó más sorprendida todavía, pero sentía que lo que decía el hombre era verdad, repetía sus propias palabras, las que ella le había dicho solamente al árbol.

Entonces se casaron.

La joven vivía con su abuela, y en la choza no había casi nada para comer. El hombre preguntó:

—¿Tendrá tu abuela algunas semillas para plantar?

—Sí, tiene, pero ahora es invierno y en invierno no se siembra. ¿Qué vas a hacer con las semillas?

—Voy a sembrar mañana mismo, porque no hay casi nada para comer.

Y la mandó a pedirle semillas a la abuela. Semillas de todas las especies de plantas.

—¿Es tonto tu marido? —dijo la abuela—. Sólo un tonto se pondría a sembrar ahora. No voy a desperdiciar mis semillas, tengo muy pocas.

La mujer volvió junto a su marido y le contó lo que había dicho su abuela.

El hombre se sintió ofendido, pero no dijo nada. Después preguntó:

—Mujer, ¿sabés si hay por aquí algún pueblo abandonado?

—Sí —dijo la mujer—, yo conozco un pueblo que hace mucho fue abandonado.

—Mañana iremos —dijo el hombre—. Muy temprano iremos.

Al día siguiente, de madrugada, fueron hacia el pueblo. Cuando llegaron, Guayacán se puso a buscar, escarbando por un lado y por otro, levantando restos de basura.

Y encontró semillas de cada una de las plantas que se siembran. Encontró semillas de zapallo, de sandía, de maíz, de melón, de calabazas, de cada una de las plantas que dan frutos para comer.

De cada una de las plantas encontró por lo menos una semilla.

Después le preguntó a su esposa dónde había un campo donde pudiesen sembrar.

Ella dijo que allí cerca había uno grande que podría servirle. Era un buen campo y estaba cerca.

Cuando llegaron, Guayacán le dijo a su esposa:

—Aquí vamos a sembrar.

Entonces se sentaron a la sombra de un árbol.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la mujer.

—Ahora limpiaremos el campo —dijo Guayacán.

—Es mucho trabajo y no tenemos herramientas —dijo la mujer—. ¿Podremos hacerlo?

—Con ayuda, sí.

—¿Quién nos va a ayudar?

—Ya vas a ver —dijo el hombre.

Y llamó al tapir y llamó al torbellino. Al tapir le ordenó que arrancara los troncos que estaban en el campo; al torbellino le dijo que dejara todo limpio, sin basuras.

No tardaron casi nada en hacerlo, y el campo quedó preparado para que lo sembraran.

Entonces llamó a la paloma y a la araña, al tordo y al tatú, a la calandria y a la perdiz y a muchos pájaros más, y les pidió que sembraran el maíz, las semillas de calabaza, las de sandía, de melón, de zapallo, los porotos.

Al rato todo estuvo sembrado.

Cuando estuvo listo le habló a su mujer:

—Ahora nos sentaremos dando la espalda al campo sembrado. Y no tenés que mirar para atrás. Si mirás no van a crecer las plantas y nos quedaremos sin nada.

La mujer hizo caso a las indicaciones del marido. Se sentaron de espaldas a la plantación y así fueron pasando las horas.

No pasó mucho rato cuando comenzaron a oír el ruido de las plantas de maíz, movidas por el viento.

Pero no miraron para atrás.

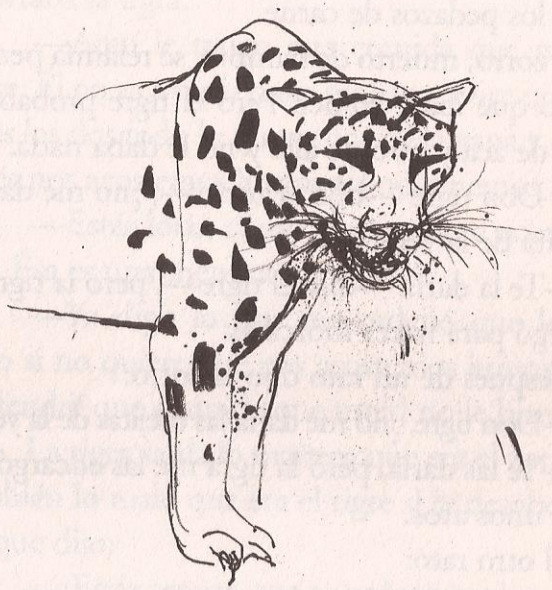
—Un poco más —dijo el hombre—, y esta noche podremos comer los primeros choclos.

Y así pasó, tal como Guayacán había dicho a su mujer. Al ponerse el sol pudieron recoger los primeros choclos y llevarlos para comer.

Nunca les faltó comida desde entonces.

DIRECCION GRAL. DE CULTURA Y EDUCACION
BIBLIOTECA PEDAGÓGICA
JULIO CORTAZAR
CIIE MARCOS PAZ
PCIA. DE BS. AS.

El zorro y la tigra



Hubo un tiempo en que el zorro y el tigre no eran enemigos.

Después se hicieron enemigos.

Eso fue después de algunas cosas que el zorro le hizo al tigre y el tigre no le perdonó.

Éste dicen que fue el comienzo de la pelea.

Y esto pasó cuando el zorro y el tigre eran amigos todavía.

Pasó una tarde en que fueron juntos a cazar. El zorro era ayudante del tigre cuando iban a cazar.

Esa tarde el tigre mató una yegua muy gorda, que era un bocado especial de sabroso.

El tigre la mató y comenzó a sacarle el cuero y a cortar los pedazos de carne.

El zorro, muerto de hambre, se relamía pensando en lo que iba a comer. Pero el tigre probaba un bocado de acá y otro de allá y no le daba nada.

—Don tigre —dijo el zorro—, ¿no me daría la sangrecita de la yegua?

—Te la daría —dijo el tigre—, pero la tigra me la encargó para hacer morcillas.

Después de un rato dijo el zorro:

—Don tigre, ¿no me daría las orejitas de la yegua?

—Te las daría, pero la tigra me las encargó para hacerse unos aros.

Al otro rato:

—Don tigre, déme la colita de la yegua.

—Estás loco, ésa es la trenza que llevo para la tigra.

Y el tigre seguía comiendo sin tirarle ni un pedazo al zorro.

—Don tigre, déme el culito de la yegua.

—Estás loco, ése es un anillo que le llevo a la tigra.

Ya era de noche cuando el tigre terminó de carnear. Entonces lo cargó al zorro con todos los pedazos y le dijo:

—Andá a llevarle esto a la tigra, y decíle que no me espere esta noche porque voy a seguir cazando.

El zorro cargó con todo y se fue hasta donde esperaba la tigra.

—Aquí le traigo esta comida que manda el tigre. Él no va a venir hasta mañana. Dice que comamos los dos todo lo que se nos dé la gana y que después nos acostemos juntos así no tenemos frío.

—Estás loco, cómo nos vamos a acostar juntos. Ésa es una mentira tuya.

—Yo digo lo que me ordenó que le dijera. Pero si no quiere que nos acostemos juntos, mañana tendré que contarle que usted no le hizo caso.

La tigra sabía lo mañero que era el zorro, pero también lo malo que era el tigre si le desobedecían, así que dijo:

—¿Estás seguro que te ordenó eso?

—Muy seguro. Que primero comamos bien y que después nos acostemos. Pero si usted no le quiere obedecer...

A la tigra no le quedó más remedio que hacerle caso al zorro. Y comieron y pasaron la noche juntos, haciendo todo lo que había que hacer.

Al otro día, apenas apuntaba el sol, el zorro se despertó y salió a las disparadas.

Al rato nomás llegó el tigre, y la encontró a la tigra rezongando.

—Qué tenés que estar rezongando tan temprano —preguntó el tigre.

—Que no se te ocurra otra vez ordenarle al zorro que se acueste conmigo.

—¿Eso dijo el zorro?

—Sí, me dijo que era una orden tuya.

—¿Y se acostaron juntos?

—Yo no quería, pero era una orden tuya.

Y el tigre le pegó una paliza a la tigra y salió a buscarlo al zorro.

Y de ahí nacen todas las historias ésas de que son enemigos.

Esa vez al zorro se le había dado por el lado del trabajo. Muchos hablaban mal del zorro, diciendo que no le gustaba el trabajo, pero estaban equivocados. El zorro jamás hablaba mal del trabajo, eso sí, mientras fueran otros los que trabajaban.

Pero esta vez decidió que le convenía trabajar en sociedad para hacer las cosas mejor. Él pondría las ideas y su socio haría lo demás.

Y se fue a hablar con el quirquincho.

—Mire amigo —le dijo—, aquí tengo un campito flor que sólo está esperando que alguien lo cultive. ¿No le gustaría hacer una sociedad conmigo? Nadie es mejor cavador que usted.

—Y... podría ser —dijo el quirquincho.

—Ni una palabra más. Pero para que no andemos discutiendo por el reparto de las ganancias, vamos a dejar las cosas bien claras. Lo que salga arriba de la tierra será para mí, lo que salga abajo, para usted. ¿Le parece justo?

—Si usted lo dice, yo estoy de acuerdo.

Y ahí nomás el quirquincho se puso a cavar.

Y sembró papas. Las plantas comenzaron a crecer que daba gusto verlas, y el zorro pasaba de tanto en tanto para mirar su sembrado, y decía:

—No se olvide, compadre, que lo de arriba es para mí y lo de abajo de la tierra es para usted.

—No me olvido, no me olvido —repetía el quirquincho.

Cuando llegó la hora del reparto al zorro le tocaron un montón de hojas y el quirquincho alzó una carrada de hermosas papas.

El zorro no dijo nada, pero pensó que había estado muy tonto.

—Este año haremos al revés, compadre, lo de arriba será para usted y lo que quede bajo tierra será para mí.

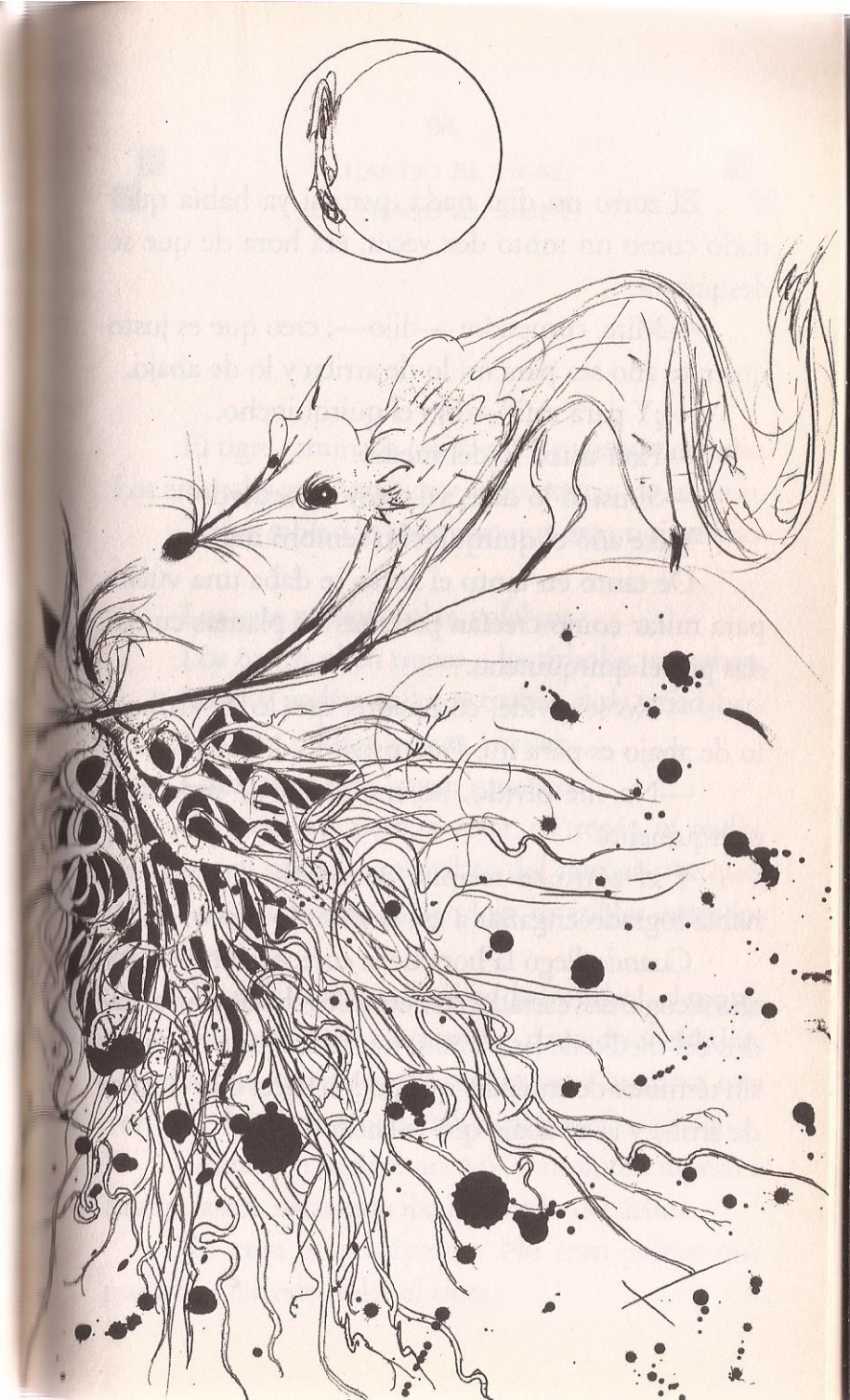
—Si usted lo dice, yo estoy de acuerdo —dijo el quirquincho.

Esta vez sembró trigo. Las espigas comenzaron a crecer que daba gusto verlas, y el zorro pasaba de tiempo en tiempo para vigilar su cosecha.

—No se olvide, compadre, que este año lo de abajo es para mí.

—No me olvido, no me olvido —repetía el quirquincho.

Cuando llegó la hora del reparto, el quirquincho recogió una carrada de espigas de trigo y el zorro se tuvo que conformar con un montón de raíces inútiles.



El zorro no dijo nada, pero si ya había quedado como un tonto dos veces, era hora de que se desquitara.

—Mire, compadre —dijo—, creo que es justo que este año sea para mí lo de arriba y lo de abajo.

—¿Y para mí? —dijo el quirquincho.

—Para usted lo del medio.

—Si usted lo dice, yo estoy de acuerdo.

Y ese año el quirquincho sembró maíz.

De tanto en tanto el zorro se daba una vuelta para mirar como crecían parejitas las plantas cuidadas por el quirquincho.

—No se olvide, compadre, que lo de arriba y lo de abajo es para mí. Para usted lo del medio.

—No me olvido, no me olvido —repetía el quirquincho.

Y el zorro se relamía pensando que por fin había logrado engañar a ese cascarudo tonto.

Cuando llegó la hora de la cosecha el quirquincho recogió dos carradas de hermosos choclos, arrancados del medio de las plantas, mientras el zorro miraba sin terminar de entender qué podría hacer con la parte de arriba y la de abajo que le había tocado.

Cuando el tigre lo tragó al mono

El tigre caminaba por la selva rugiendo de odio. Los animales se escondían y se apartaban de su paso.

Todos sabían lo peligroso que era un tigre enojado.

Los que podían volar, volaban.

Los que podían trepar a los árboles, trepaban.

Los que podían nadar, se tiraban al río y nadaban.

Los que podían correr, corrían.

Los que podían cavar, cavaban.

Y los que no podían volar, ni trepar, ni nadar, ni correr, ni cavar, se apartaban del camino y se quedaban muy quietos, haciéndose invisibles entre los pastizales.

Desde las ramas más altas de un árbol, el monito lo vio llegar, con su caminar pausado y elástico. Ésa era una buena oportunidad para burlarse una vez más del tigre, ya que allí arriba estaba a salvo.

Cuando el tigre se acercó, el monito empezó a tirarle ramas secas que iba cortando del árbol.

No eran golpes fuertes. No eran golpes que pudieran hacerle doler al tigre.

Apenas eran unas ramas secas, no eran ramas demasiado grandes, pero venían acompañadas de las burlas del mono, de los saltos del mono, de los gestos del mono.

Y eso podía doler más que cualquier golpe.

Nada podía dolerle más al tigre que los insultos y las burlas de ese mono.

El tigre rugió y otra rama le pegó en la cabeza.

Ya no daba más de rabia, y entonces imploró a cualquier dios que quisiera escucharlo:

—Ojalá viniera el viento más fuerte, un viento que haga temblar el árbol, que haga mover las ramas y las sacuda para todos lados y te haga caer en mi boca para tragarte de un solo bocado.

Algún dios lo escuchó, o fue simple casualidad, la cuestión es que una ráfaga muy fuerte sacudió el árbol y el monito fue a parar a la boca abierta del tigre, que lo tragó de un solo bocado.

Jamás se había llevado el mono un susto tan grande. Casi sin darse cuenta se vio en la panza del tigre. Y eso era algo bastante peligroso.

Entonces, sin saber qué hacer, se puso a pensar:

"Si salgo por la oreja, me va a escuchar".

"Si salgo por el ojo, me va a mirar".

"Si salgo por la nariz, me va a oler".

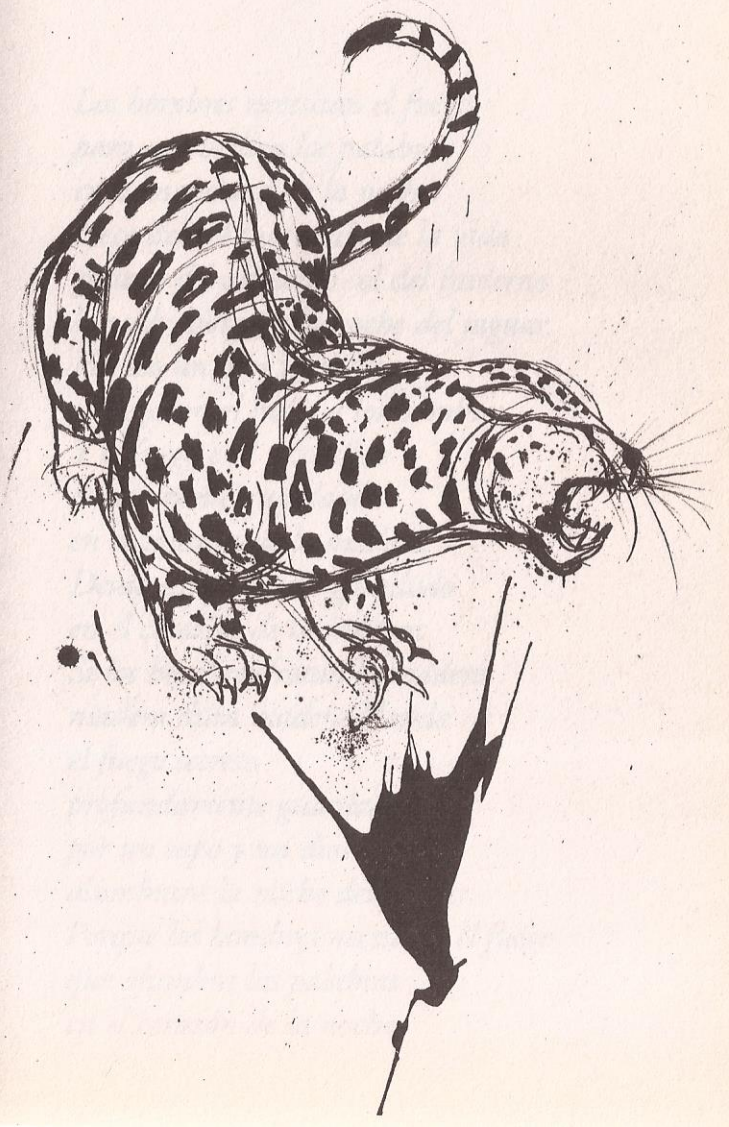
"Si salgo por la boca, me va a mascar".

En ese momento se acordó de que tenía un

cuchillito que había robado de la casa del hombre. Y le cortó la panza al tigre y lo mató.

Y el monito pudo salir para seguir haciendo todos los días alguna picardía.

Lo que cuentan los Guaraníes



El origen del fuego

Los hombres necesitan el fuego
para que brillen las palabras
en la oscuridad de la noche.
Necesitan el fuego raíz de la vida
guarda del alimento sol del invierno
luz salvadora en la noche del jaguar.
Por eso un dios y un sapo
entregaron el fuego a los hombres.
Y el fuego está escondido
secretamente guardado
en el corazón de la madera.
Desde entonces está guardado
en el corazón de la madera.
Si los hombres frotan la madera
madera dura madera blanda
el fuego secreto
profundamente guardado
por un sapo y un dios
alumbrará la noche del jaguar.
Porque los hombres necesitan el fuego
que alumbra las palabras
en el corazón de la noche.

Solamente los buitres tenían el fuego. Eran los únicos dueños del fuego. A nadie prestaban el fuego y sólo ellos podían cocinar sus alimentos.

Solamente los buitres eran dueños del fuego.

Solamente los buitres.

Solamente.

Eran dueños del fuego.

Entonces un sapo y un dios dijeron:

—Tenemos que robar el fuego.

—Tenemos que robarlo y dárselo a los hombres.

—Yo sé cómo podemos hacerlo —dijo el dios—. Lo robaremos entre los dos.

—Lo robaremos entre los dos —dijo el sapo.

Y los dos planearon el robo del fuego.

El dios se acostó sobre la tierra y se hizo el muerto.

Era un hombre muerto el que estaba acostado allí, sobre la tierra.

El sapo se escondió cerca, esperando.

No esperaron mucho. Los buitres saben rápidamente adónde están los muertos. Saben cómo saber. Aunque estén muy lejos, los buitres saben. Son cosas que solamente los buitres saben, pero eso tampoco nunca lo dicen.

Muy pronto llegaron los buitres y vieron ese cadáver que era mucha comida.

Encendieron el fuego. Un gran fuego, y pusieron ramas que ardían rodeando ese cadáver, y pusieron ramas encima y lo cubrieron de llamas que iban transformándose en brasas para cocinar su comida.

Cuando hubo suficientes brasas, el dios que parecía un muerto, en un descuido de los buitres, dio una patada haciendo saltar chispas y brasas hacia donde estaba el sapo.

Miró hacia donde estaba el sapo, pero el sapo le hizo señas de que no, que no había logrado alcanzar ni siquiera una chispa.

Esperó, el dios esperó un momento más, porque los buitres poseían el poder mientras fuesen los únicos dueños del fuego. En otro descuido de los buitres volvió a patear, con más fuerza, tirando brasas hacia donde estaba el sapo.

El sapo tragó una pequeña brasa y huyó rápi-

damente hasta muy lejos. Y escupió la brasa dentro de un hueco de una rama.

Ahí quedó la brasa, guardada en el corazón de la madera.

Cuando el dios pateó las brasas y el sapo pudo robar una brasa, los buitres huyeron, volaron, ahora convertidos para siempre en buitres, destinados a ser buitres que se alimentan de carroña.

Perdieron su poder ahora que les habían robado el fuego.

Y el sapo y el dios les enseñaron a los hombres el secreto de cómo sacar el fuego escondido. Les enseñaron a hacer un pequeño hueco en una madera –madera blanda–, y a frotar con un palo –madera dura–, dentro de ese hueco, hasta que aparezca el fuego que está escondido.

Y así los hombres tuvieron el fuego.

Desde entonces tuvieron para siempre el fuego guardado en el corazón de la madera, el fuego que sale desde adentro cuando los hombres frotan dos trozos de madera.

Tupá y Añá

Después de que el dios Tupá hubo creado a los grandes animales y al hombre, a las plantas y a los árboles y a los ríos, siguió trabajando.

Una vez, jugando con arcilla negra, comenzó a modelar unas figuras pequeñas que iba colocando en fila, cuidadosamente, una al lado de la otra.

De pronto apareció Añá, el diablo que siempre envidiaba las obras de Tupá, y cuando vio esas maravillas de barro quiso romperlas, pero antes de que pudiera hacer nada, Tupá dio una palmada y todas las figuras echaron a volar.

Ése fue el día en que nacieron los pájaros.

Añá, envidioso, quiso imitarlo, y comenzó a hacer figuras de arcilla. Hizo muchas, y entonces, copiando a Tupá, dio una palmada. Pero las figuras no volaron, sino que salieron a los saltos.

El diablo había hecho a los sapos.

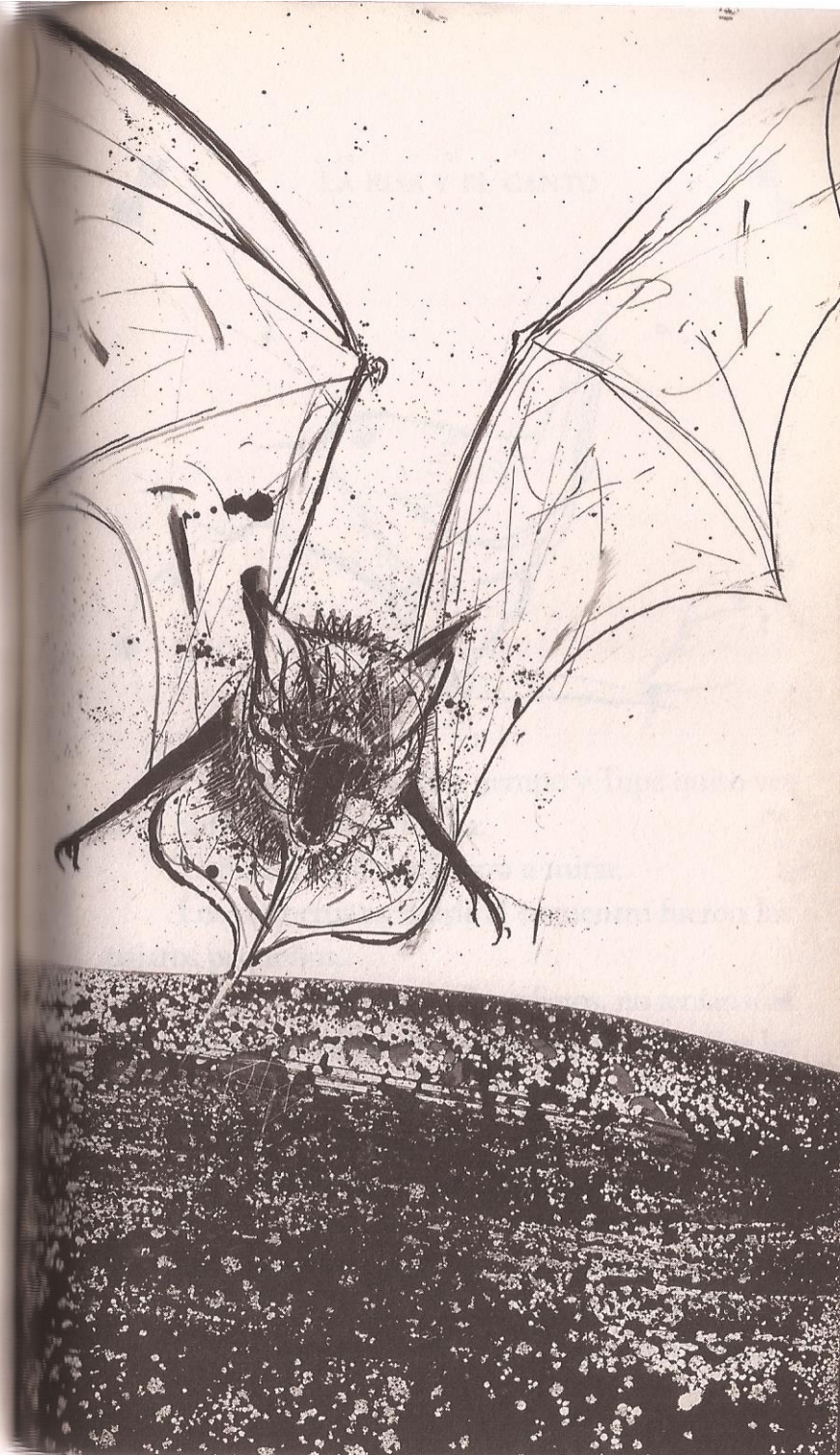
Tupá lo miró sin decir nada y tomó otro pedazo de barro. Lo amasó lentamente, y comenzó a modelar una pequeña figura que apenas se veía entre sus dedos.

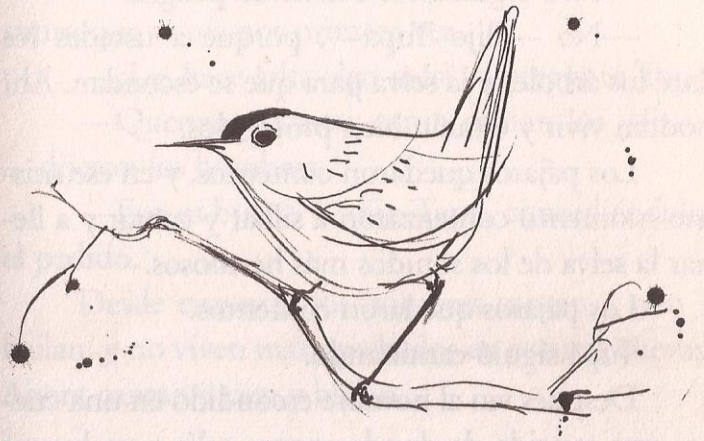
Añá lo miraba de reojo, y también tomó un

pequeño pedazo de arcilla, tratando de imitar las formas que Tupá iba dando a su barro.

Tupá dio un último toque formando un pico, acarició suavemente su obra y la arrojó al aire. Ahí quedó, aleteando en el aire y llenándolo de colores tornasolados. Tupá había creado al picaflor.

Añá copió los movimientos, acarició suavemente su arcilla y la arrojó al aire. El aire se llenó de chillidos y de humo negro. Añá había creado al murciélago.





Había pasado mucho tiempo y Tupá quiso ver si su obra estaba bien hecha.

Entonces bajó a la Tierra a mirar.

Los primeros en salirle al encuentro fueron los pájaros pequeños.

No estaban contentos los pájaros, no tenían alas poderosas como el águila o el gavilán, esas alas que les permitían volar tan alto y ser los dueños del cielo.

Además el águila o el gavilán eran muy fuertes y podían ser peligrosos para los pájaros.

—Las alas de ellos son enormes —dijeron.

—Y corremos peligro. Siempre corremos peligro.

—Bueno —dijo Tupá—, pero yo les daré a ustedes el don del canto. Podrán hacer la música

más hermosa. Una música que esas grandes aves nunca podrán hacer.

—Pero seguiremos corriendo peligro.

—No —dijo Tupá—, porque a ustedes les daré los árboles y la selva para que se escondan. Ahí podrán vivir y estarán bien protegidos.

Los pájaros quedaron contentos, y en ese mismo momento comenzaron a silbar y cantar y a llenar la selva de los sonidos más hermosos.

Los pájaros quedaron contentos.

Tupá siguió caminando.

Después vio al hombre escondido en una cueva, una guarida de donde apenas salía para buscar alimentos, y caminando en cuatro patas.

Entonces le ordenó que se pusiera de pie.

Y el hombre se puso de pie.

Pero era torpe en sus movimientos.

—Te daré una cosa hermosa —le dijo—, te daré la facultad de saltar y bailar.

Y los hombres pudieron bailar y moverse con libertad y hermosura.

Pero el hombre le mostró un grupo de monos que se burlaban de los hombres.

—Se burlan de nosotros. Nos imitan y se burlan.

—No importa —dijo Tupá—, desde ahora podrás reírte de ellos.

Y les dio a los hombres el poder de la risa, que

los iba a distinguir de todos los demás seres vivientes.

Los hombres se quedaron quietos. Con asombro, escuchaban el canto de las aves. Un hermoso canto que se oía por primera vez.

—¿Les hace falta algo más? —preguntó Tupá.

—Queremos cantar como cantan los pájaros —dijeron los hombres.

—Eso es bueno —dijo Tupá, concediéndoles el pedido.

Desde entonces los hombres cantan y ríen y bailan, y no viven más agachados en oscuras cuevas. Ahora cantan y ríen y bailan.

El mono y el yaguareté

DIRECCION GRAL. DE CULTURA Y EDUCACION
BIBLIOTECA PEDAGOGICA
JULIO CORTAZAR
CIIE MARCOS PAZ
PCIA. DE BS. AS.

El yaguareté caminaba por la selva.

No caminaba porque sí. Caminaba porque sabía que en algún momento se le iba a presentar la oportunidad que andaba buscando.

Y lo que andaba buscando era vengarse del mono. De ese monito que saltaba entre las ramas de los árboles y de un árbol para otro y siempre lograba engañarlo y escaparse.

Y al yaguareté nadie lo engañaba, y nadie podía escapar de sus garras y de sus dientes.

Pero con el mono no había caso. Siempre conseguía saltar a las ramas más altas donde el yaguareté no podía hacer nada. Y para peor, después de escaparse, saltaba y se reía burlándose del yaguareté que no sabía subir a los árboles.

Por eso caminaba y caminaba, esperando la oportunidad.

Y ese día apareció la oportunidad.

El monito había bajado a tomar agua a la laguna y ahí, sin ningún árbol al lado, se le cruzó el yaguareté.

—Por fin te agarré. Ahora sí que te voy a comer de un solo bocado y se van a acabar tus historias.

—Amigo yaguareté —dijo el monito—, ¿usted sabe por qué estoy aquí?

—No sé y no me importa. Lo que quiero es comerte y nada más.

—Bueno, pero en ese caso no va a saber que allá nos está esperando un montón de animales para oírlo cantar. Dicen que usted es el mejor cantor y que yo bailo más lindo que nadie.

—¿Eso dicen?

—Sí. Todos lo dicen. Y nos están esperando para oírlo cantar y para verme bailar. Pero si le parece que comerme es más divertido...

—Para eso estoy aquí, para comerte.

—Bueno, pero es una lástima, porque son muchos los que nos están esperando. Y todos son sus admiradores. Pero si usted no quiere divertirse primero...

—También te podría comer después...

—¡Ésa sí que es una buena idea! Primero nos divertimos un poco y después que pase lo que pase.

—¡Claro! —dijo el yaguareté—. Vamos rápido, y mientras caminamos podemos ensayar el canto y el baile.

Y ahí nomás el mono comenzó a hacer piruetas y a dar saltos mientras el yaguareté lanzaba unos horribles rugidos.

—Más fuerte, amigo yaguareté, cante más fuerte, así todos saben que ya vamos llegando.

El yaguareté rugía más y más fuerte, y el monito daba saltos más y más grandes.

Todavía faltaba mucho para llegar hasta los árboles, y los ojos del monito se iban para un lado y para el otro buscando alguna forma de escapar.

Hasta que vio la cueva del tatú. Ver la cueva y hacer las piruetas más grandes fue una sola cosa, y de un salto se metió de cabeza.

El yaguareté, furioso, se abalanzó tras él, y metiendo una mano pudo agarrar la cola del monito.

—¡Ya te tengo, mono traidor que no te dejás comer! —gritó—. Ahora no te salvan tus saltos.

—¿Le parece que esa raíz es mi cola? ¿Cómo puede ser tan tonto?

El yaguareté, confundido, soltó la cola del monito, que se perdió a las carcajadas en lo más hondo de la cueva.

Y mientras los rugidos de rabia del yaguareté hacían temblar las hojas de los árboles, adentro de la cueva resonaban las risas del monito, que ya estaba pensando alguna otra manera de volver a engañarlo.

El tigre y el tapir

Esa vez el yaguareté* había tenido mala suerte. En lo mejor que caminaba buscando caza se le había caído un árbol encima, dejándolo aplastado sin poder moverse.

Trató de levantar el árbol, pero no hubo caso.

Trató de deslizarse achatándose, pero tampoco.

Entonces, cansado, decidió esperar que pasara alguien para salvarlo.

Pero todos los que pasaron, apenas veían de lejos las manchas del yaguareté, corrían para otro lado, lo más lejos posible. Pasó el tatú y pasó la iguana.

Pasó el venado y pasó el monito.

Pasó el zorro y pasó el jabalí.

Todos pasaron de largo. Lo más lejos posible.

Y el yaguareté rugía esperando que alguien lo fuera a ayudar.

Pero mientras más rugía, más lejos pasaban los demás animales.

Entonces pasó el tapir.

---

*yaguareté o tigre

Y cuando pasó el tapir el yaguareté le dijo:

—Amigo tapir, usted es mi salvación. Mire lo que me ha pasado.

—Ajá —dijo el tapir, sin acercarse demasiado.

—Necesito que levante este tronco, usted que es tan fuerte, y me ayude a salir de aquí.

—Ajá —dijo el tapir—. Yo lo haría encantado, pero no me olvido que usted es demasiado peligroso.

—Eso era cierto —dijo el yaguareté—, pero desde ahora todo será diferente.

—Ajá —dijo el tapir—. Bueno, cuando todo sea diferente ya me voy a enterar, y entonces me acercaré sin miedo.

—Amigo tapir, le estoy dando mi palabra de ser su amigo. Esta vez usted me hará un favor, y yo le voy a hacer a usted todos los favores que necesite.

—Ajá —dijo el tapir—. Pero si lo suelto, ¿no se le va a ocurrir matarme después?

—¡Nunca jamás! ¡Le voy a estar agradecido mientras viva! Palabra de yaguareté. A quien me salva la vida sólo me queda darle toda mi amistad.

Y el tapir se convenció de las buenas intenciones del tigre. Usando toda su fuerza alzó el pesado tronco y lo tiró a un costado.

El tigre se levantó, le dio las gracias al tapir, se estiró para todos lados, y comenzaron a caminar juntos.

—¿Sabe, amigo tapir?, hacía tres días que estaba aplastado por ese tronco. Tres días enteros sin comer. Por eso ahora lo voy a tener que comer a usted.

—Pero usted me prometió...

—Sí, ya sé, yo le prometí... Pero si antes me estaba muriendo aplastado, ahora me estoy muriendo de hambre. No me queda más remedio que comerlo.

—Pero eso es injusto...

—¿Quién sabe lo que es justo o lo que es injusto? Eso nadie lo sabe.

—¿Cómo que nadie lo sabe? —dijo una voz saliendo de entre los árboles.

El tigre y el tapir se dieron vuelta y vieron al zorro que se acercaba.

—Sí, señores. Yo puedo saber lo que es justo y lo que es injusto. Me gustaría conocer la historia completa.

—Mire don zorro —dijo el tigre—, el asunto fue así...

—No me cuenten, no me cuenten. Para ser muy justo esto tengo que verlo, no es cuestión de palabras.

—Bueno, podemos mostrarle todo lo que pasó —dijo el tigre—, y usted podrá ver que yo tengo razón.

—Eso me gustaría —dijo el zorro—. Hagamos las cosas muy bien para no equivocarnos.

—Yo estaba así, tirado, con ese tronco encima que no me dejaba mover...

—¿Cuál tronco? ¿Ése que está ahí?

—Ese mismo, y no me dejaba mover, y así estuve tres días seguidos...

—Espere un momento, que no entiendo bien —dijo el zorro—. Don tapir, ¿puede poner el tronco de la misma manera que estaba antes?

El tapir alzó el tronco y lo acomodó arriba del tigre.

—¿Así era, don tigre? —preguntó el zorro.

—Exactamente así.

—¿Y usted no se puede mover?

El tigre intentó levantar el tronco, pero no pudo.

—Sí, era de esta misma manera. Y yo estaba prisionero. Tres días estuve sin poder salir hasta que pasó el tapir y me salvó.

—Y ahora, ¿seguro que no puede salir sin ayuda?

El tigre intentó arrastrarse bajo el tronco, pero nada. Intentó levantarlo de nuevo, pero nada.

—Segurísimo —dijo—. Ahora tampoco puedo salir sin ayuda.

—Bueno —dijo el zorro—, entonces, amigo tapir, vámonos rápido de aquí, que las promesas de un yaguareté sólo valen hasta que comienza a tener hambre.

El yaguareté y el gato onza son parientes.

En las épocas viejas eran muy amigos, y al yaguareté le gustaba jugar con el gato onza porque podía aprender saltos y movimientos que él no sabía hacer.

Todavía no había aprendido a hacer.

Claro, aunque son muy parecidos, el yaguareté es grande y pesado, y el gato onza es pequeño, liviano y con una enorme agilidad.

Por eso al yaguareté le gustaba jugar con el gato onza.

—Tenés que enseñarme a saltar para adelante —dijo el yaguareté.

Y el gato onza saltó y le mostró los movimientos de los músculos. El yaguareté lo imitó, y su salto fue inmenso y hermoso, porque tenía poderosos músculos para saltar.

—Ahora hacia arriba —dijo el yaguareté.

El gato onza le mostró cómo se hacía y el yaguareté dio un enorme salto hasta las ramas de los árboles.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó.

—A las mil maravillas.

—Ahora quiero aprender el salto para el costado.

Y el gato onza le mostró el movimiento del cuerpo, detalle por detalle. Le mostró la posición de las patas, el movimiento de los músculos que se iban ajustando de una manera perfecta, y dio el salto para el costado.

El yaguareté fue imitando cada movimiento, paso a paso, y también dio un grandísimo salto al costado.

—Perfecto —dijo el gato onza—. Tus saltos son los más grandes saltos de la selva. Nadie te puede igualar, y así no habrá presa que se te escape.

—¿Vos creés que ahora soy el mejor cazador? —preguntó el yaguareté.

—El mejor, con esos músculos tan poderosos nadie te va a igualar.

—Te agradezco lo que me enseñaste, pero ahora me queda una duda. Y quiero resolverla ya mismo.

—¿Cuál duda?

—Tengo que poner en práctica lo que aprendí, y te voy a cazar.

Y el yaguareté comenzó a agacharse para el salto. Los músculos se movieron como víboras bajo la piel, el rugido se asomó entre los colmillos, y saltó.

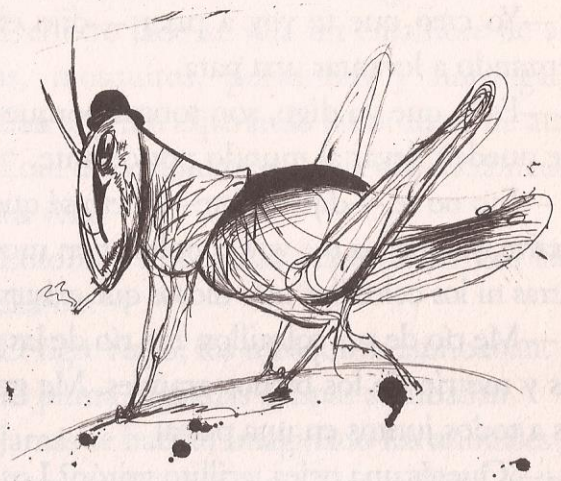
Pero entonces el gato onza dio un agilísimo salto para atrás y quedó fuera del alcance de las garras del yaguareté que se clavaron en la tierra con furia.

Sorprendido, el yaguareté rugió:

—¡Pero ese salto para atrás no me lo habías enseñado!

—No —dijo el gato onza alejándose—, ni te lo voy a enseñar. Lo reservo para defenderme de tus ataques.

El grillo y el tigre



Esa vez el grillo cantaba más contento que nunca. Tal vez porque la noche era hermosa, tal vez porque había luna llena, o tal vez porque estaba enamorado.

Cantaba en medio de un pastizal, y en lo mejor de su canto pasó a su lado el yaguareté y le pisó una pata.

—Añamembuí, ¿no ve por dónde camina? —gritó el grillo, enojado.

El tigre miró para abajo, y al ver ese bichito tan chico y tan enojado, no pudo menos que largar una carcajada.

—Yo no ando mirando cosas tan chicas —rugió, apenas como para asustarlo un poco.

—Yo creo que los bichos grandes son tontos —gritó el grillo.

—Yo creo que te voy a pisar —dijo el tigre comenzando a levantar una pata.

—Es lo que yo digo, son tontos porque creen que se pueden llevar al mundo por delante.

—Eso no sé —dijo el tigre—, pero sé que puedo pisarte, ya que no me voy a molestar en mostrarte las garras ni los colmillos más filosos que existen.

—Me río de tus colmillos, me río de las garras filosas y me río de los bichos grandes. Me gustaría verlos a todos juntos en una pelea.

—¿Querés una pelea, grillito gritón? Los grandes animales nos divertiríamos un rato con ustedes. Nos tienen cansados los bichos gritones.

—Y a mí me tienen cansado los bichos que rugen. Creo que son puro rugido y nada más.

—Eso te lo podemos demostrar en cualquier momento.

—Podríamos encontrarnos mañana temprano, si es que no tienen miedo. ¿Se anima, don tigre?

—Mañana será un buen día —dijo el tigre—. Nos vamos a divertir mucho.

A la mañana siguiente, apenas salió el sol, aparecieron los dos ejércitos.

A un lado estaba el yaguareté, el puma, el tapir, el zorro, el jabalí. Eran grandes y fuertes.

Tenían enormes colmillos y garras que daban miedo. Atronaban la selva con sus rugidos.

Del otro lado se veía un enjambre de abejas, avispas, mosquitos, polvorines y hormigas que rodeaban al grillo esperando las órdenes de ataque.

Eran tan chiquitos que a la distancia ni siquiera se los veía.

Entonces se largó la pelea. Y los dos bandos atropellaron.

El tigre rugía, los mosquitos zumbaban.

El puma rugía, las avispas zumbaban.

Jamás se habían imaginado los animales grandes lo que podría pasarles. Eran cientos, miles, de avispas, de mosquitos, de abejas, que comenzaron a clavarles los aguijones por arriba, por abajo, por los costados, por delante y por detrás.

Manoteaban para un lado y para el otro, rugían desesperadamente, pero no podían hacer nada contra esos casi invisibles enemigos para los que no tenían ninguna defensa.

El prepotente ejército del yaguareté huyó para cualquier lado, en un desbande lleno de rugidos y de rabia.

El pequeño pero peligroso ejército del grillo quedó dueño del campo de batalla.

El grillo comenzó a entonar de nuevo su canción. Tal vez porque estaba enamorado.

El mono y el espantapájaros

Cansado de escapar del yaguareté, el monito decidió acercarse a la casa del hombre.

Cerca, pero no demasiado.

—Aquí no se va a animar a seguirme —se dijo mientras se acercaba a la casa—. El yaguareté sabe que el hombre es demasiado peligroso.

Y ahí se quedó, al borde de la chacra del hombre, una chacra llena de choclos, zapallos y porotos.

Y fueron pasando los días.

Y con los días fueron pasando las noches.

El monito sentía que en ese lugar estaba protegido, aunque se aburría demasiado estando solo.

Además ahí no podía molestar a nadie, y todo el mundo sabe que para un monito no hay nada más importante que molestar a los demás.

Entonces, de puro aburrido, se puso a pelar los choclos.

No los cortaba.

No los comía.

Simplemente les sacaba las chalas y dejaba al aire los choclos que estaban a medio madurar.

Y los choclos comenzaron a secarse sin terminar de crecer.

Cuando el hombre fue a mirar su sembrado se encontró con todo el desastre.

—¡Hijos del diablo! —gritó enojado—. ¡Otra vez anduvieron los loros!

Pero después se dio cuenta de que los loros jamás hacían eso. Eran una plaga para los choclos, pero picoteaban un poco de la punta de cada uno. Nunca se había visto que les sacasen las chalas.

—¿Será que aprendieron otras mañas? —se dijo el hombre—. Aquí no hay otro que se vuelva loco por los choclos. Sí, deben ser los loros nomás.

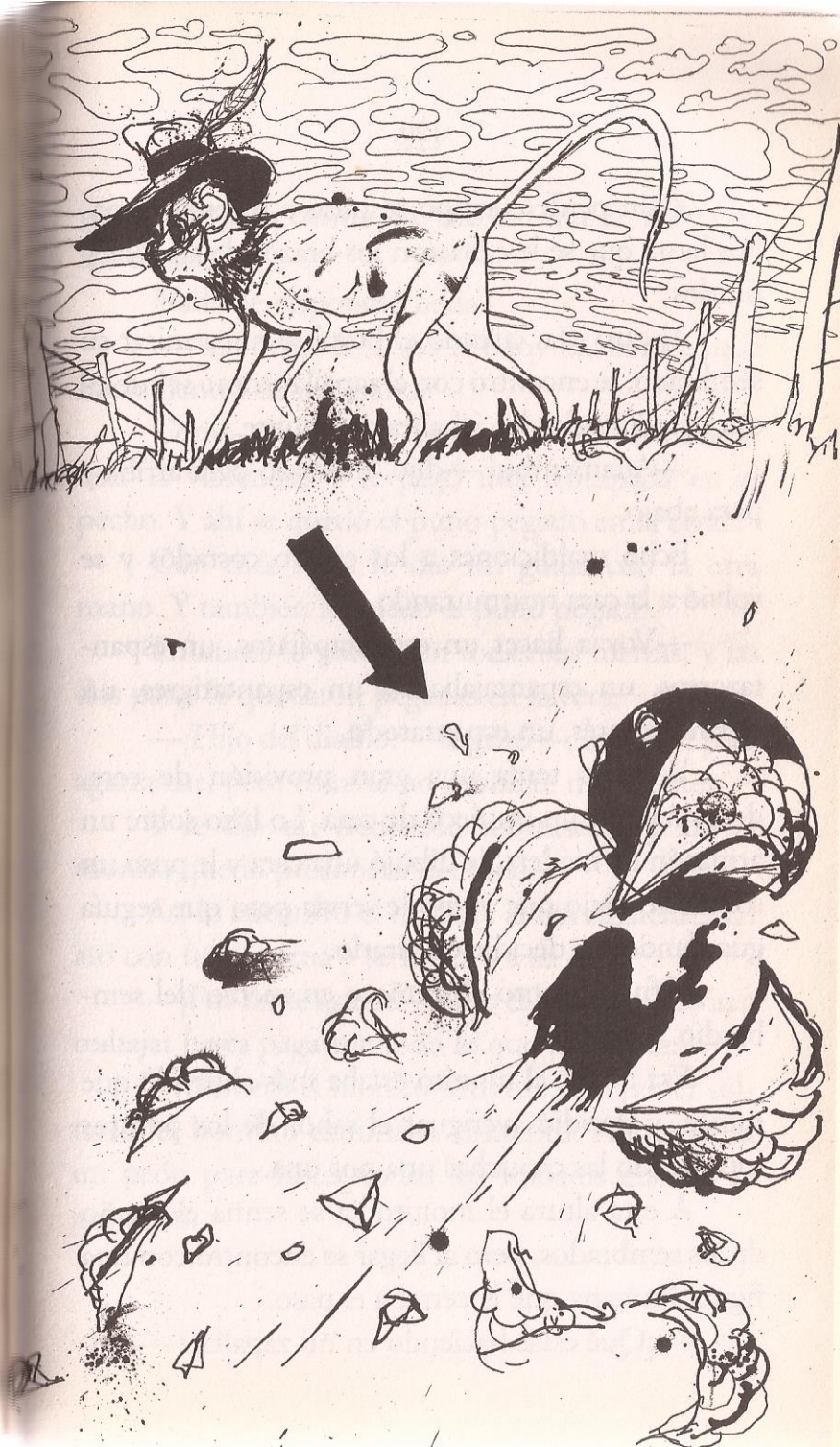
Y echando maldiciones se volvió a su casa.

Esa noche el monito ya no daba más de aburrimiento. Ni siquiera los pocos choclos que quedaban sin pelar le interesaban.

Entonces decidió averiguar qué había adentro de los zapallos.

Alzó uno, lo dio vuelta entre las manos, y lo estrelló contra el suelo. El zapallo se abrió en un montón de pedazos y el monito pudo saber cómo era un zapallo por dentro.

—¡Bah, pura semilla! —se dijo—. No me interesan los zapallos. Pero al menos descubrí para qué sirven. Sirven para reventarlos contra el suelo porque hacen un ruido muy lindo.



Y sin perder tiempo se puso a reventar zapallos hasta que se le cansaron los brazos de alzarlos y tirarlos.

Al otro día, cuando el hombre fue a mirar su sembrado, se encontró con el zapallar como si hubiesen pasado todos los jabalíes del monte.

—Añamembuí —dijo, mirando para arriba y para abajo.

Echó maldiciones a los cuatro costados y se volvió a la casa murmurando.

—Voy a hacer un espantapájaros, un espantazorros, un espantajabalíes, un espantatigres, un espantayacarés, un espantatodo.

Y como tenía una gran provisión de cera, decidió hacer un muñeco de cera. Lo hizo sobre un armazón de madera, le dibujó una cara y le puso un sombrero viejo que ya no le servía pero que seguía guardando sin decidirse a tirarlo.

Y fue y plantó el muñeco en medio del sembradío.

Esa noche el monito estaba más aburrido que nunca, y decidió averiguar el sabor de los porotos mordiendo las chauchas una por una.

A esta altura el monito ya se sentía el dueño de los sembrados, pero al llegar se encontró con una figura humana que le cerraba el paso.

—¿Qué estás haciendo en mi zapallar? —preguntó enojado contra ese intruso que se metía en sus dominios.

Nadie le respondió nada.

—Añamembuí, a vos te estoy hablando, ¿qué hacés dentro de mi maizal?

Como el silencio siguió, el monito decidió usar la violencia, y le pegó una trompada en el pecho. Y ahí se quedó el puño pegado en la cera.

Con más rabia le dio un golpe con la otra mano. Y también le quedó el puño pegado.

Entonces lo pateó con todas sus fuerzas, y las dos patas le quedaron pegadas en la cera.

—¡Hijo del diablo! —le gritó—, sos hábil para agarrarme, pero todavía no probaste mis dientes.

Y le dio un tremendo mordiscón, y ahí el monito quedó prisionero del todo.

Así lo encontró el hombre al día siguiente. Lo ató con una cadena y se lo llevó a su casa.

—¡Por fin te agarré! —dijo el hombre—. Vas a trabajar hasta pagarme todo lo que me debés.

Y mientras el monito tironeaba sin poder soltarse, el hombre caminaba contento. Ahora tenía un peón para hacer todos los trabajos que no le gustaban.

El hombre estaba contento. Siempre había querido tener un peón para hacer los trabajos pesados y por fin lo había conseguido.

Pero se equivocó de peón. Ese mono era incapaz de hacer ningún trabajo. Ni pesado ni liviano. Y además quería comer a cada rato.

El mono tironeaba y mordía la cadena tratando de escapar, pero esa cadena que le apretaba la cintura era imposible de cortar.

El hombre lo miraba y se reía. Al final dijo:

—Ya sé lo que voy a hacer con este mono. Si no me sirve para nada lo voy a comer. Un mono asado debe ser un rico bocado.

Y el hombre se fue al monte a buscar un poco de leña. Se puso el hacha al hombro y salió silbando bajito.

El monito escuchó con un susto tremendo lo que dijo el hombre y tiró y mordió con más fuerza la cadena. Pero no hubo caso.

En eso pasó por ahí el aguará.

—¿Qué estás haciendo, monito? —preguntó extrañado.

—¡Lo que son los caprichos de la gente! —dijo el monito—. Al hombre se le metió entre ceja y ceja que yo me tengo que casar con su hija.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Que yo no quería, pero él me ató para obligarme.

—¡Qué más querés, monito! ¡Esa muchacha es una lindura!

—Sí, pero yo ando en otros amores, y aunque sea muy hermosa no me quiero casar con ésta.

—¡Quién tuviera tu suerte! —dijo el aguará.

—¿Vos te casarías con esa muchacha?

—¡No dudaría ni un segundo! Yo la espié muchas veces cuando iba al río a lavar la ropa y a bañarse, y no hay ninguna más linda.

—Entonces hagamos un trato. Si tanto te gusta, yo te dejo mi lugar.

No perdieron tiempo. El aguará desató al mono y el mono lo ató al aguará.

—Cuando lo veas llegar al hombre, vos decíle que cambiaste de opinión y que te gustaría casarte con su hija.

Y el monito escapó más rápido que corriendo.

Al rato llegó el hombre.

—¡Cambié de opinión, señor! —gritó el aguará—. ¡Me voy a casar con su hija! ¡Quiero que hablemos del casamiento!

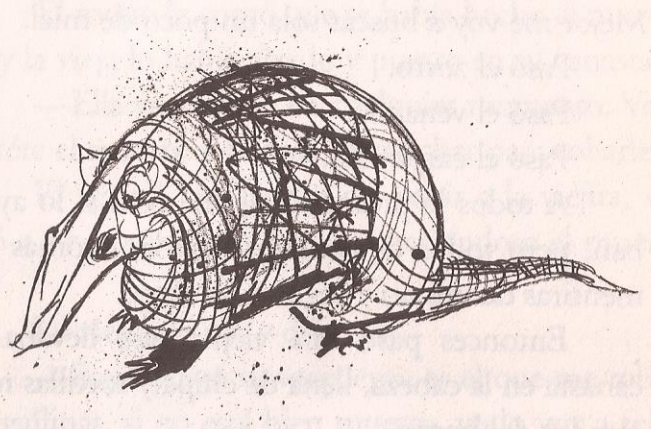
—¿Casamiento? Lo que va a haber es un "cazamiento" —gritó el hombre, agarrando uno de los troncos que había traído.

Y comenzó a los garrotazos contra ese zorro que le robaba las gallinas.

Mal del todo lo hubiera pasado el aguará si no fuera porque un garrotazo cortó la cadena y pudo escapar corriendo.

Eso sí, nunca pudo entender por qué el hombre había cambiado de opinión con el casamiento de su hija.

El mono y la viejita



Esa vez el mono había caído en una trampa.

Y ahí estaba, prisionero y sin poder escapar y sin saber qué hacer.

Entonces pasó un tapir y el monito le gritó:

—Amigo tapir, ayudáme a salir de esta trampa y te voy a mostrar dónde están los pastos más sabrosos.

El tapir lo miró al mono, se acordó de todas sus historias, y le dijo:

—Vos sos muy mentiroso. Ni siquiera me voy a acercar.

Y se fue al trote para otro lado.

Después pasó una iguana.

—Amiga iguana —dijo el monito—, si me sacás de esta trampa te voy a contar dónde hay mucha miel y huevos de pájaros.

La iguana lo miró y dijo:

—No monito, ya sé que sos un mentiroso. Mejor me voy a buscar sola un poco de miel.

Pasó el zorro.

Pasó el venado.

Pasó el carpincho.

A todos le prometió alguna cosa si lo ayudaban, pero todos desconfiaban de las bromas y las mentiras del mono y seguían de largo.

Entonces pasó una viejita que llevaba una canasta en la cabeza, llena de chipá y tortillas recién sacados del horno.

El monito la vio llegar y se hizo el muerto.

—Pobre monito —dijo la viejita—, qué lástima que se haya muerto. Lo llevaré para mostrárselo a mi nieto.

Y lo alzó, lo puso en la canasta, y siguió su camino.

El monito, en cuanto sintió el perfume de esas tortas paraguayas, comenzó a tener una nueva idea.

Sin moverse y sin hacer ruido empezó a tirar los chipá a la orilla del camino. Cuando tiró suficientes, aprovechó una rama que cruzaba y se colgó de ella.

La viejita, distraída, no se dio cuenta de nada y siguió caminando.

El mono recogió los chipá y se sentó a comerlos.

En ese momento pasó el aguará.

—¿De dónde sacáste eso? —preguntó relamiéndose.

El mono le contó que se había hecho el muerto y la vieja lo había alzado y puesto en su canasta.

—Ella va a volver en cualquier momento. Vos hacéte el muerto y podrás aprovechar para robarle.

El aguará, en cuanto vio venir a la viejita, se tiró a un costado del camino haciéndose el muerto.

La viejita lo vio y dijo:

—Este aguará sinvergüenza es el que me roba las gallinas, si no está bien muerto, yo lo voy a terminar de matar.

Y agarrando un palo comenzó a descargar garrotazos sobre el aguará, que apenas si pudo escapar todo golpeado, mientras el mono, sentado en la rama de un árbol, se reía y seguía comiendo los sabrosos chipás.

Índice

Cuentos y leyendas de los indios 7

Lo que cuentan los Tobas

Esa inmensa oscuridad 11
El tigre del cielo y el tigre del monte 13
El origen del fuego 17

El gran fuego 19
El Arco Iris 23
Las estrellas blancas 25
La Serpiente Arco Iris y las mujeres 27
Dulce fue mi sueño 29
Los monos 33
La bruja caníbal 37
Cuando llegue una paloma blanca 45

Lo que cuentan los Matacos

El origen del mundo 55
Aventura de Tokwaj 57
El robo del fuego 59
Historia del Guayacán 67
El zorro y la tigra 73
Los socios sembradores 77

Cuando el tigre lo tragó al mono 81

Lo que cuentan los Guaraníes

El origen del fuego 87
Tupá y Añá 93
La risa y el canto 97
El mono y el yaguareté 101
El tigre y el tapir 105
El yaguareté y el gato onza 109
El grillo y el tigre 113
El mono y el espantapájaros 117
El mono, el hombre y el zorro 123
El mono y la viejita 127

Otros títulos de la serie azul

DIRECCIÓN GRAL. DE CULTURA Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA PEDAGÓGICA
JULIO CORTÁZAR
CIE MARCOS PAZ
PCIA. DE BS. AS.

El constructor de sueños
de Graciela Pérez Aguilar

A veces la sombra (Libro premiado)
de Esteban Valentino

Las dos Marías
de María Inés Falconi

Palabra de fantasma
de Carlos Rodrigues Gesualdi

Vecinos y detectives en Belgrano
de María Brandán Aráoz

El caso de la modelo y los lentes de Elvis
Carlos Schlaen

El faro de las rocas
de Olga Monkman

Tratado universal de monstruos
de Lucía Laragione

DESDE **12** AÑOS

Cuentos que cuentan los indios

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Luis Scafati

Cuentos que cuentan los indios presenta la cultura de tres importantes grupos étnicos de nuestro país: los tobas, los matacos y los guaraníes. Son cuentos que hablan de la creación y de los mitos, en un tiempo remoto en el que los animales hablaban con los hombres y los dioses participaban en asuntos de la tierra.

Un libro ágil, sabio, mágico y atrapante.

www.alfaguarainfantil.com.ar/juvenil

ISBN 987-04-0441-3

9 789870 404415

ALFAGUARA JUVENIL